La Ilustracion Artística

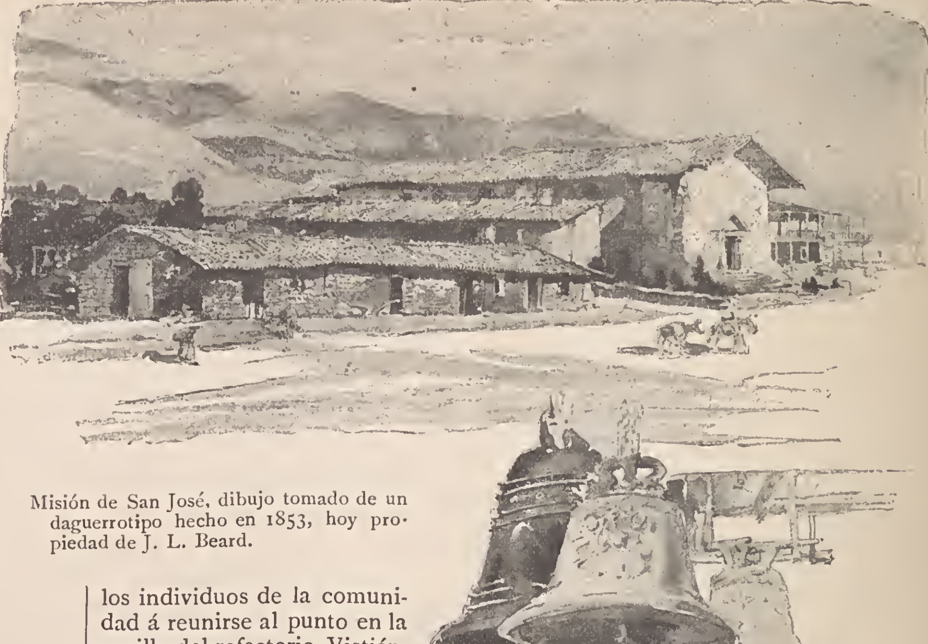
Año X — Barcelona 21 de septiembre de 1891 — Núm. 508

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL SUEÑO DE UN ÁNGEL, cuadro de Vianelli

SUMARIO



Misión de San José, dibujo tomado de un daguerrotipo hecho en 1853, hoy propiedad de J. L. Beard.

LAS MISIONES DE LA ALTA CALIFORNIA

Aunque la península llamada California Inferior había sido descubierta en 1534, haciéndose entonces muchas tentativas para colonizarla, España no la ocupó hasta 1697. En febrero de este año, dos padres jesuítas, Juan María Salvatierra y Francisco Eusebio Quino, pidieron permiso para emprender la conquista espiritual del país, permiso que les fué otorgado mediante la condición de que no se apelara al rey para hacer gasto alguno, y que se tomara posesión del territorio terminantemente en nombre de la colonia española. Provistos de esta autorización y del consentimiento de sus superiores en la Orden, los dos misioneros comenzaron á recoger fondos para la empresa, y en poco tiempo obtuvieron suficientes recursos para comenzarla. Aquellos fondos, facilitados por personas caritativas cuyos nombres se han conservado hasta hoy día, gracias al agradecimiento de los padres, aumentaron con el tiempo, hasta el punto de tener suficiente importancia para que á menudo se hiciera mención de ellos en la historia y la legislación mejicana, dándoseles el nombre de *Fondo piadoso de la California*. Más tarde constituyó la caja de las Misiones, y sirvió para sostenerlas en la costa Oeste del continente, y por el Norte en toda la extensión reclamada por España, designándose todo el territorio con el nombre de Californias.

Cruz colocada en Monterey en el sitio en donde desembarcó Junípero Serra

Las trece Misiones fundadas por los jesuítas en la California Inferior extendiéronse desde el Cabo San Lucas, en la extremidad de la península, por el Norte. No entraremos aquí en detalles respecto á ellas; nos limitaremos á decir que se hallaban en un estado floreciente en la época de la expulsión de la Orden hacia 1768, y que los establecimientos se conservan aún hoy día, aunque á la verdad ruinosos y abandonados por la población reunida allí, pero siempre mudo testimonio del piadoso celo de sus fundadores.

En 1767 el monarca español decretó por una pragmática que la Compañía de Jesús fuera expulsada de sus dominios, y con el mayor refinamiento de crueldad disponíase que la orden se cumpliera en todas las partes del reino á la misma hora. Eligióse para esto la más avanzada de la noche, cuando todo el mundo dormía; á la puerta de cada colegio de los jesuítas detuviéronse algunos vehículos, se despertó á los porteros en nombre del rey, é intimóse á todos los individuos de la comunidad á reunirse al punto en la capilla del refectorio. Vistiéndose apresuradamente, cada cual dió cumplimiento á la orden, preguntándose qué podía ocurrir. Poco después se les dijo que S. M. había tenido á bien desterrarlos de sus dominios. Los carruajes, según hemos indicado, esperaban ya, y teníanse preparados en el camino los caballos necesarios para los relevos hasta el puerto de mar más próximo, donde á su vez debían encontrar barcos para conducirlos fuera del reino. Solamente se les concedieron algunos minutos para coger sus libros de oraciones, sus rosarios y la ropa necesaria; de modo que una hora después de haber llamado la autoridad á la puerta del establecimiento, todos los jesuítas que le ocupaban hallábanse ya en camino de la costa, desde la cual se les trasladó con la misma rapidez á Roma. Durante su viaje al punto de embarque prohibióseles hablar con persona alguna, ni siquiera con los amigos que por casualidad encontraban. De este modo salieron los jesuítas de España y de todas sus posesiones en Europa, desvaneciéndose tan rápidamente como la bruma de la mañana bajo la influencia de los rayos del sol.



Campanas y pila bautismal de San José

No era posible ejecutar este bárbaro decreto con la misma cruel precisión en California, porque estaba muy lejos y porque á ello oponíanse muchas dificultades. Allí había sido necesario aumentar el número de individuos de las Misiones, pues de no hacerse así, los indios, á quienes se había hecho adoptar ya costumbres civilizadas, hubieran vuelto indudablemente á caer en el salvajismo y habría sido forzoso comenzar de nuevo toda la obra de la conquista. He aquí por qué las necesidades de la situación modificaron la crueldad de los procedimientos en California. Los misioneros fueron reunidos en La Paz en febrero de 1768, y entre las lágrimas y lamentos de los pobres indios, que de todas las Misiones de la península enviaron delegados para acompañar á sus padres espirituales, embarcáronse por fin en Veracruz el 13 de abril. Los hambrientos políticos de la época esperaban encontrar muy rico el Fondo piadoso y apoderarse de él después de la expulsión, saqueando las Misiones de California; pero la suma total que recogieron no ascendió siquiera á cien duros.



Misión de San Antonio de Padua, situada á veinte millas de Monterey

Habíase hecho un convenio, por iniciativa del virrey, según el cual los padres franciscanos, expulsados del convento de San Francisco de Zacatecas, ocuparían el lugar de los jesuítas en las diversas Misiones; y adoptando las reglas y prácticas de sus predecesores, granjeáronse la confianza de los sencillos indígenas y prosiguieron la obra tal como se había comenzado. Hacia la misma época, siendo virrey de Nueva España el marqués de la Cruz, fué enviado á aquel país José Gálvez como Visitador General, revestido de poderes extraordinarios. Temíase que los ingleses trataran de ensanchar sus posesiones en América, sentando el pie en el Pacífico; no parecía prudente permitir que la costa Noroeste siguiera más tiempo desocupada, y Gálvez resolvió colonizarla cuanto fuese posible. Hombre notable por su celo é industria, tuvo la suerte de encontrar un eclesiástico que era la persona más propia para secundar sus planes: llamábase Junípero Serra, presidente de las Misiones. Nacido en Mallorca en 1713, había manifestado desde luego su preferencia á la vida religiosa, y terminados sus estudios se le admitió en la Orden de San Francisco. Al cabo de algún tiempo fué nombrado para formar parte de una Misión que debía

pasar al Nuevo Mundo. Después de muchos años de fructuosos esfuerzos en Sierra Gorda, el padre Serra recibió el encargo de ponerse al frente de las Misiones de California. En 2 de abril de 1768 llegó al puerto de Loreto con quince asociados, y adoptó las disposiciones necesarias para ocupar los diversos establecimientos de la península.

La primera Misión de la California Superior se fundó en San Diego, y antes de haber transcurrido quince días organizóse una expedición al mando de D. Gaspar de Portola, que debía ir por la costa hasta Monterey para fundar allí otro establecimiento. Los geógrafos españoles conocían este punto gracias al viaje de Vizcaíno en 1602, en cuyo relato se hacía un elogio de Monterey, diciéndose que tenía un puerto magnífico donde podían anclar todas las naves del mundo.

Deberíamos extendernos demasiado para referir aquí todos los incidentes ocurridos en la expedición, sus fatigas y contratiempos, graves peligros que se corrieron, y cómo buscando Monterey se dió en la bahía de San Francisco, siendo así conocido del europeo por primera vez aquel jardín del actual estado de California. Baste decir que después de llegar á la cumbre de una cordillera desde donde se ve lo que hoy es Searsville, en la gran extensión del valle de Santa Clara, y de contemplar el gran estuario que su fundador describe como «mar Mediterráneo,» la expedición retrocedió otra vez hasta San Diego, obligada por la proximidad de los fríos, la escasez de víveres y la hostilidad de los aborígenas.

Al llegar de nuevo á Punta Pinos, en el supuesto lugar de la bahía de Monterey, empleáronse quince días en una activa exploración de la costa en busca del magnífico puerto descrito por Vizcaíno; pero las pesquisas resultaron inútiles. La localidad no correspondía en ningún grado á las indicaciones del viajero, y al fin se dedujo que alguna convulsión de la naturaleza habría hecho desaparecer el puerto. En su consecuencia, plantaron una gran cruz de madera en la parte Norte y otra en la del Sur de Punta Pinos, como recuerdo de su visita, grabando en la segunda las siguientes palabras: «Socavad al pie de esta cruz y encontraréis el relato de nuestro viaje.» El escrito decía así:

«La expedición que salió de San Diego el 14 de julio de 1769, al mando de don Gaspar de Portola, gobernador de California, llegó al canal de Santa Bárbara el 9 de agosto y dió vista á la sierra de Santa Lucía el 13 de septiembre, penetrando después en esta cordillera en 17 del mismo mes. El 1.° de octubre hallábase cerca de Punta Pinos y no pudo encontrar la bahía de Monterey. Explorando siempre, llegó al fin á Punta Reyes y á los Parallones, en la bahía de San Francisco. Para esto fué necesario dar un largo rodeo, á causa de un inmenso brazo de mar que se extendía á gran distancia. A consecuencia de esta y otras dificultades, siendo la mayor de ellas la completa falta de víveres, los expedicionarios debieron retroceder, creyendo que habían pasado por la bahía de Monterey sin descubrirla.

»Hecho en este puerto de Pinos en 9 de diciembre en 1769.»



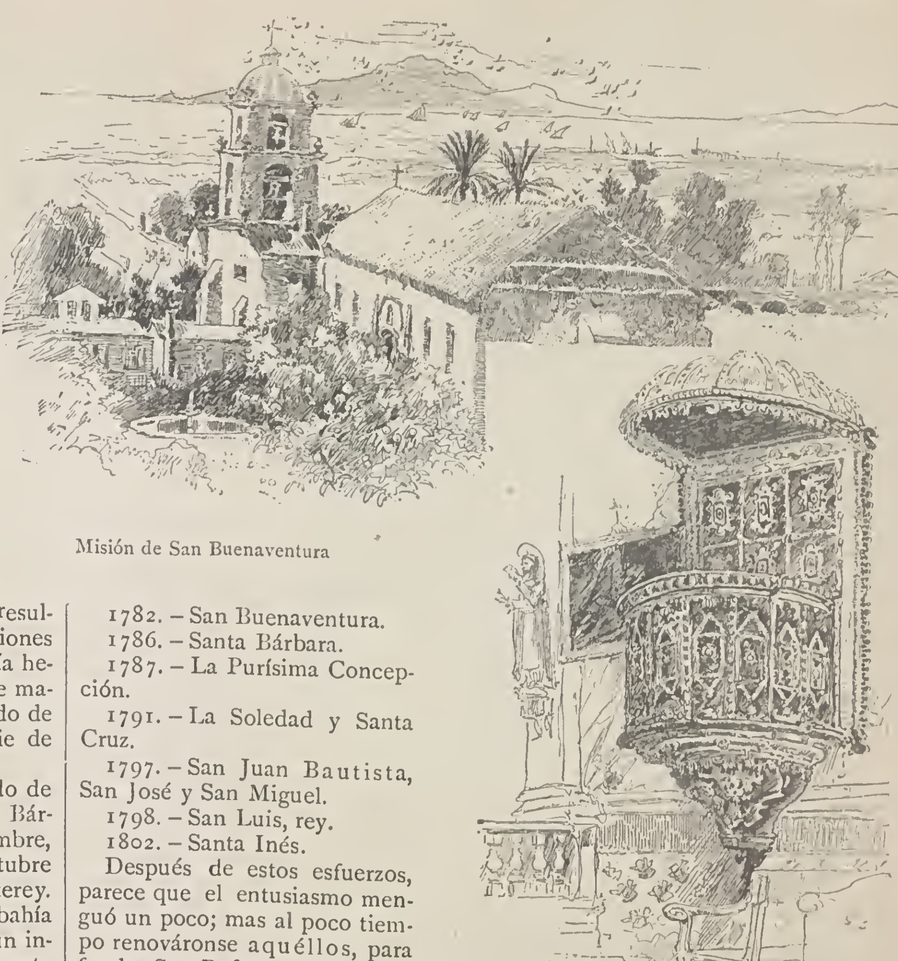
La primera Misión en California (San Diego)

A pesar de las dificultades, los misioneros no renunciaron á su empresa. En 1770 otra expedición, siguiendo el camino de la primera, cuyo diario les sirvió de guía, fundó la Misión de San Carlos en la bahía de Monterey, cerca de la cual se estableció el presidio del mismo nombre. Más tarde, como aquel sitio no pareciera conveniente, el establecimiento se trasladó á otro lugar situado á algunas millas más al Oeste, á orillas del río Carmelo, dándose este último nombre á la nueva fundación.

Monterey es hoy día una famosa estación balnearia, á la cual acuden viajeros de los puntos más lejanos. La antigua Misión, el Carmelo, poco menos que una ruina en la actualidad, sigue, no obstante, llamando la atención, á causa de lo pintoresca y por la circunstancia de contener los restos de los hombres venerables á cuyos piadosos esfuerzos se debe la creación de las Misiones y que echaron los cimientos de la civilización en California. Allí reposan en el sueño eterno el Padre Junípero Serra, Juan Crespi y Rafael Verger.

San Diego y Monterey sirvieron para señalar el límite extremo de la primera ocupación española. El espacio no poblado se ocupó muy pronto, y el área de la conquista de las Misiones se extendió poco á poco por otros establecimientos semejantes. Los nombres de esas instituciones, fundadas en rápida sucesión, son los siguientes:

1771. – San Gabriel, San Francisco y San Antonio.
1772. – San Luis, obispo.
1776. – San Juan Capistrano y San Francisco de Asís.
1777. – Santa Clara.



Misión de San Buenaventura

1782. – San Buenaventura.
1786. – Santa Bárbara.
1787. – La Purísima Concepción.
1791. – La Soledad y Santa Cruz.
1797. – San Juan Bautista, San José y San Miguel.
1798. – San Luis, rey.
1802. – Santa Inés.

Después de estos esfuerzos, parece que el entusiasmo menguó un poco; mas al poco tiempo renováronse aquéllos, para fundar San Rafael en 1817, San Francisco Solano en 1823, y Sonoma, situada en el último límite Norte á que habían llegado los padres.

Estas Misiones se destinaron, por supuesto, para la instrucción de los rudos aborígenas, y enseñarles las verdades de la cristiandad, así como las artes de la vida civilizada. El plan de vida y disciplina fué trazado por los jesuítas, que en los siglos XVI y XVII organizaron el más extenso sistema de Misiones en todos los puntos del mundo pagano: India, China, El Japón, ambas costas de Africa, una gran parte del Asia Central y el Norte y Sur de América, fueron teatro de sus infatigables tareas.

Púlpito y confesonario de San Buenaventura

Los franciscanos, que sucedieron á los jesuítas en California, siguieron su sistema. A fin de inducir á los indios á renunciar á su vida nómada, adoptando las costumbres de los hombres civilizados, dióseles alimento y ropa, enseñándoles después á cultivar la tierra para atender á su subsistencia. Muy pronto se erigió la iglesia de la Misión, y construyéronse varias casas, utilizando la abundancia de maderas que ofrecía el país.

El género de vida en la Misión es el siguiente: Al toque de maitines los indios van á reunirse en la capilla, donde después del servicio divino reciben una breve instrucción religiosa. Terminada ésta, van á trabajar á los campos; á las once comen, descansan hasta las dos, y vuelven á proseguir sus tareas hasta una hora antes de anochecer. Entonces, reunidos de nuevo, se les hace rezar el rosario, y luego quedan libres de entregarse á sus pasatiempos. Su traje consiste en camisa de lienzo, pantalones y chaquetón de lana. A las mujeres se les da cada año dos mudas de ropa blanca y un vestido nuevo.

Los indios de California no son, ó por lo menos no eran, la vigorosa raza guerrera de la parte oriental del Continente, ni poseían la inteligencia de los naturales de la meseta de Méjico. Alimentábanse principalmente de piñas, nueces y otros frutos análogos, é iban completamente desnudos. Aunque no tenían la astucia ni la fuerza de los iroqueses, algonquinos y hurones del Canadá no les faltaba sutileza, y por lo general eran traidores ó feroces, tanto que en más de una ocasión los misioneros sellaron con su sangre su amor á la fe, sacrificio que, justo es decirlo, no arredró nunca á los franciscanos.



Misión de San Miguel, condado de San Luis, obispo


Misión de Santa Bárbara

A medida que la conversión progresaba instruíase más y más á los jóvenes indígenas, enseñándoles varias industrias además del cultivo de la tierra; y así es que no faltaron cerrajeros, carpinteros, tejedores, sastres y zapateros. También se importaron animales domésticos, que se reproducían con asombrosa rapidez, y en cuya cría y cuidado llegaron á ser los indios muy práticos y útiles.

A los barcos que visitaban la costa se les vendían pieles, cereales, vinos y diversos frutos. Con parte del producto obtenido comprábase para los indígenas ropa blanca, tabaco, tejidos, etc., y lo demás se empleaba para embellecer las iglesias, comprar instrumentos musicales, pinturas y diversos adornos.

Además de instruir á los naturales, las Misiones organizaron un sistema hospitalario para todos los viajeros, que así podían encontrar en diversos puntos, á veces cuando más lo necesitaban, un refugio seguro y lecho para descansar. Las casas destinadas á este servicio estaban separadas solamente por una jornada de distancia.

Las Misiones de California, en número de veintiuna, alcanzazaron su mayor prosperidad durante el primer cuarto del presente siglo. En todas reinaba la abundancia: provistas de huertos y jardines, obteníanse en ellas los mejores vegetales, frutas de todas clases, y cultivábase en particular la higuera, el naranjo, el olivo y la vid; estos dos últimos se producían en tal cantidad, que después de usarse lo necesario quedaba un gran sobrante para la venta. También el ganado abundaba mucho, según se ha sabido por los datos de la Misión. Para formar idea basta decir que en el año 1820 la Misión llegó á tener 140.000 cabezas de ganado, figurando los caballos por la cifra de 18.000. El producto anual de cereales, por término medio, desde 1811 á 1820, se calculó en 113.000 fanegas. Pero el aumento de pobladores blancos, llevando consigo las necesidades, las ambiciones y la libertad de la vida moderna, era incompatible con el buen éxito de instituciones basadas, como las Misiones, en la autoridad paternal. Los indígenas eran niños por todos conceptos, excepto por la edad y la capacidad para hacer daño, y los colonos no se sometieron á más trabas que las impuestas por la autoridad, harto débiles por cierto. El contacto con ellos corrompió á los indios, relajando la disciplina, y por otra parte el abundante ganado de las Misiones excitó la codicia de los colonos, que no miraron la propiedad de los hermanos y de los indios desde el mismo punto de vista que los europeos.

Bajo estas influencias, el Congreso mejicano aprobó en 1833 una ley para secularizar las Misiones, convirtiéndolas en parroquias, reemplazando además con curas los sacerdotes misioneros y emancipándose á los indios de su pupilaje respecto de la Iglesia.

Al amparo de esta ley los codiciosos políticos del día pudieron saquear las


Capilla actual de San Juan Capistrano

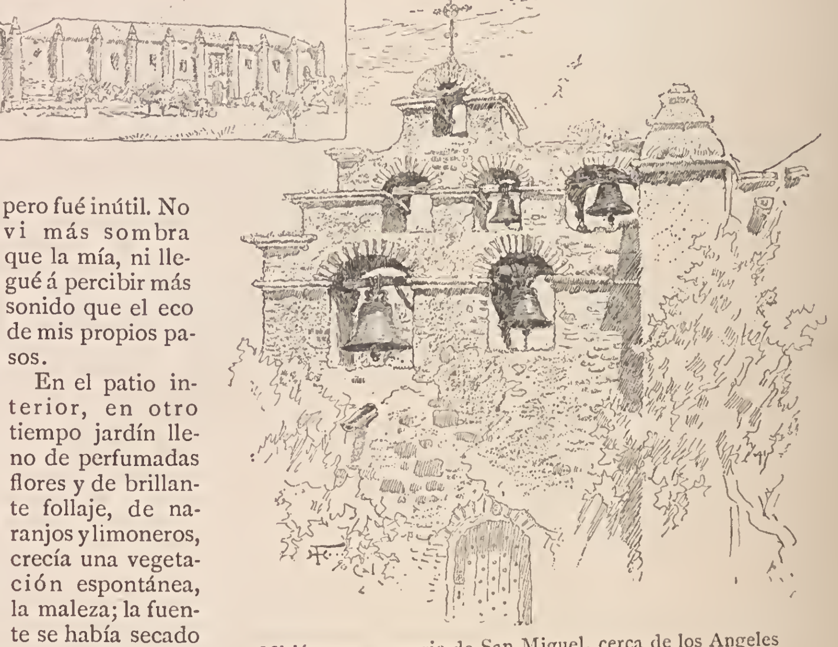


Misiones, casi hasta depojarlas del todo. Nombráronse administradores que se apropiaron los bienes, y sin disimularse en modo alguno tan vergonzosa expoliación, se vendieron públicamente, no tan sólo el ganado, sino hasta las tierras de las Misiones.

La ruina de estas últimas se completó por la conquista americana. Los pocos indios que en ellas quedaban fueron ahuyentados, pues los invasores no querían entender nada de los hermanos misioneros y los salvajes civilizados ni respetar cosa alguna; de modo que ninguno de los establecimientos fundados conserva su primitivo carácter. En aquellos á cuyo alrededor se había formado una numerosa población, como en Santa Clara, San Francisco y San Rafael, no había ya más que iglesias parroquiales. En algunos puntos los colonos ahuyentaron á los sacerdotes, y en más de un caso los templos fueron sacrílegamente convertidos en cuadras.

El más considerable de los antiguos establecimientos era el de San Luis, rey, que yo visité con un compañero en el verano de 1862. A primera hora de la mañana salimos de San Juan Capistrano y llegamos á San Luis á eso de las dos, sin encontrar ni un solo ser viviente ni siquiera una vivienda humana. Avanzábamos por la base de la sierra, siguiendo el surco de las ruedas de un carro que nos sirvió de guía, y después de franquear muchos barrancos y de algunas horas de monótono viaje, vimos por fin, al salir de la cordillera, un valle encantador, por el cual se deslizaba un riachuelo de cristalinas aguas, que á cierta distancia iba á verterse en el mar. En el centro del valle, en una eminencia, elevábanse las torres de la antigua iglesia y el tejado rojizo de la antigua Misión, donde se reflejaban los rayos de un sol casi tropical.

El paisaje era magnífico, y nos detuvimos algún tiempo antes de examinar aquellos parajes. Las paredes se conservaban bastante bien, y cerca de la entrada estaba el suelo tan bien enarenado, que se me figuró que no podía menos de encontrar gente en el interior. Entré sin vacilar, y recorrí las habitaciones y corredores como buscando al sacristán que en mi imaginación me representaba, pero fué inútil. No vi más sombra que la mía, ni llegué á percibir más sonido que el eco de mis propios pasos.


Misión y campanario de San Miguel, cerca de los Angeles

En el patio interior, en otro tiempo jardín lleno de perfumadas flores y de brillante follaje, de naranjos y limoneros, crecía una vegetación espontánea, la maleza; la fuente se había secado y la cerca del jardín ocultábase bajo una espesura de hiedra. De las columnas del corredor pendían grandes telarañas, y nada interrumpía el fúnebre silencio más que el gorjeo de algunas aves.

Penetré en la antigua y venerable iglesia, y mientras hacía esfuerzos para que mis ojos se acostumbraran á la obscuridad que en aquel recinto reinaba, vino á distraerme en mis reflexiones un grito singular y algo que se movía en el aire: era un enorme mochuelo, que al fijar en mí su atención abandonó su lugar de reposo en lo que antes había sido altar mayor, y fué á posarse en una ventana. Después subí á una de las torres, donde aún quedaba una campana, en la cual se veían grabados el nombre del constructor y la inscripción «Boston. 1820» que claramente indica las buenas relaciones que los antiguos misioneros mantenían con los buques balleneros y con los comerciantes en pieles que hace medio siglo invernaban en aquella costa. Probablemente estas campanas fueron encargadas en 1818, pero la misión no las recibió hasta 1821 ó 1822, pues los barcos, que entonces hacían la travesía por el cabo de Hornos, empleaban dos años en cada viaje redondo. Los jardines de la Misión, sobre todo el que estaba frente al edificio, conservaban restos de su primitiva belleza; pero los bancos rústicos se desmoronaban y los árboles frutales habían dejado de producir. De los restos de la fuente brotaban aún dos chorros de agua, y en las orillas del arroyuelo que habían formado crecían algunos berros del más puro color verde. Antes de la conquista americana había existido allí una industriosa población



Misión de San Fernando, los Angeles

india; más tarde la Misión fué ocupada por nuestras tropas como puesto militar durante la guerra con Méjico. Cuando dejó de servir para esto, el gobierno proyectó hacer las reparaciones necesarias para devolver el edificio á su primitivo estado; pero cuando supo que esto costaría dos millones de duros, renunció á la empresa.

Aún hoy día se puede ver esa Misión, magnífica hasta en sus ruinas, monumento de piedad, de industria y desinterés de los venerables monjes que usan el hábito y el cordón de San Francisco, y que fueron los primeros que trataron de colonizar la Alta California.

Claustro y campanario de la Misión de San Fernando

Juan T. Doyle

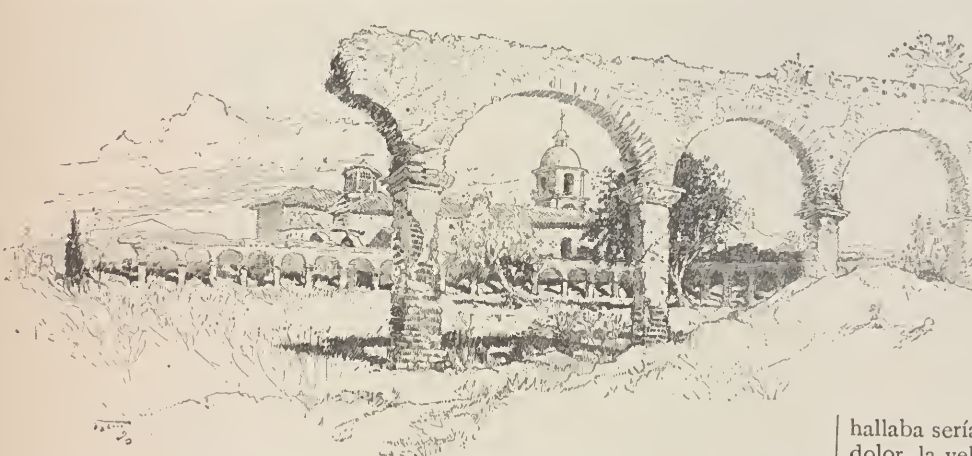
Traducido por Enrique L. Verneuill



PASIONARIA

I

Entre aquellas otras ideas de venganza que bullían en su cerebro, la del suicidio era la que se levantaba prepotente desde hacía horas. Lola amaba á Pepe con delirio, con frenesí; por él se hubiese sacrificado, habría sido su esclava: era su primer amor una pasión loca que la hacía forjar *in mente* escenas rebosantes de felicidad... Ser la mujer de Pepe; cuidar de él y de su madre ya achacosa por sus muchos inviernos; constituir una familia; repartir su cariño entre estos dos seres y aquellos otros que la coyunda matrimonial formase como lazos irrompibles de dicha: he aquí sus grandes ambiciones, su sueño dorado,



Misión de San Luis, rey, condado de San Diego

la eterna pesadilla que desde que conoció á Pepe y fué su novia se la representaba en todas partes y á todas horas, especialmente los domingos, días en que ella, vestida á lo chula honesta y decentita, y él á lo señorito, con *chaquet* y sombrero hongo, íbanse de paseo, camino del puente de Toledo ó Vallecas, donde, por de contado, tomaban un *piscolabis* en cualquier ventorro ó fonducho de mala muerte. Lola miraba con cierta complacencia á las familias de obreros que, en pelotón, los chicuelos al frente canturreando, los padres á retaguardia, el marido con un *Partagas* infumable de á diez céntimos en la boca, y á la espalda, á guisa de regocijada enseña, la bota pendiente del bastón; la mujer al brazo la cesta con la merienda, y reflejándose en el rostro de todos la franca alegría de los que después de una semana de rudo trabajo van á aquellos sitios á proporcionarse unas horas de solaz legítimamente conquistado. Lola no los envidiaba... ¡Anda, no tardaría mucho en que ella fuese protagonista en uno de estos cuadros!... Y tales dichas y tales esperanzas eran como los leños á la hoguera: le hacían adorar más á su Pepe.

– Mira, chica, en cuanto reuna un centenar de duros, que es lo que necesitamos para el casorio, nos echan las bendiciones, y á casita con tu madre, le había dicho Pepe... Aquel día Lola lloró de alegría, y halló el cielo más azul y antojósele un palacio el zaquizamí en que habitaba... ¡Optica engañosa del corazón!...

* * *

De pronto, el hermoso edificio que su candor, la fe y el cariño habían construído en el país de las ilusiones, venía á tierra, de golpe, aplastando en su caída un corazón virgen... Un día Pepe faltó á la cita que al anochecer tenían siempre á la puerta del obrador de Lola. Esta extrañó aquello, pero no le dió importancia... Pasó un día y otro y otro, y Pepe como muerto. Interrogó la joven á un amigo de aquél: «¡Bah!, respondió el tal, Pepe se ha hartado de unas relaciones tan tontas; eso me ha dicho él mismo. Puede usted contarle con los difuntos.»... Fué una puñalada aquella revelación tan brutalmente hecha... Lloró como una Magdalena: su madre intentó calmarla en su aflicción: «Hija, te hacías tú muchos castillos en el aire. Eso te servirá de escarmiento.»

Al amar mucho y sufrir el primer ultraje, queda una nota de escepticismo y otra de esperanza. «Acaso vuelva,» pensó Lola. «¡Quién sabe! Rechazando yo á todos los hombres, viviendo más recogida, Pepe vendrá á buscarme.»

Así pasó un poco de tiempo, no sé cuánto; ello es que para la pobre mujer los días eran eternidades. Además, en el corazón faltábale algo que le robaba la expansiva alegría de antaño.

. . . .

Ahora que su desgracia era cierta; ahora que, por decirlo así, acababa de emborracharse en su infortunio, la rabia, los celos, la desdicha, zahiriéndola, parecían decirla: «¡Mátate!» En aquella noche del domingo, una vez que su madre hubo terminado de cenar, retirándose después á su dormitorio, Lola, so pretexto de concluir una labor urgente, quedóse á solas en la sala: una sala abuhardillada, en la cual no se sabía qué admirar más, si lo pobrísimo del ajuar ó la limpieza y orden con que todo estaba dispuesto. Inmóvil, de bruces sobre la tabla de nogal de la máquina, fija y persistente la mirada en el vértice del ángulo agudo que formaban en último término la techumbre y el pavimento, Lola parecía la estatua del dolor sumida en meditación... A veces un ligero estremecimiento recorría su epidermis, dejándola fría; después un suspiro, luego... nada: seguían sus ojos, abrillantados por la fiebre, fijos en el vértice; dijérase que su organismo padecía momentánea catalepsia. Lola se hallaba en esos momentos en que el espíritu se reconcentra en nosotros mismos y hace que poseamos una doble vista y seamos espectadores conscientes de escenas de lo pasado en que intervenimos. Lola vió desfilar ante sí los meses de ventura que tuvo con Pepe, sus ilusiones forjadas al calor de una pasión correspondida, y triste, tristísima, la odisea de aquel aciago día: del domingo. Habíasele impreso de tal modo, que el tiempo, como si fuese un buril manejado por una mano de hierro que ahondase despiadadamente en su cerebro, dábale mayor relieve. Aquello y el aislamiento moral en que se hallaba serían los que la arrojasen al suicidio precisamente, porque, ante su dolor, la vehemencia de éste valía más que los razonamientos que su limitada educación podían sugerirle...

II

Es preciso hacer un paréntesis, explicar la odisea.

Aquella mañana del domingo Lola fué al obrador, y como de costumbre, sentóse en una sillita baja, al lado de sus compañeras. Notó la joven que éstas parecían mirarla con lástima, que muy bien podía confundirse con irónica conmiseración, y aun creyó oir su nombre en los cuchicheos que entre sí traían. De pronto la aprendiza, una muchachuela enclenque y paliducha, dijo en son de burla, mientras se agachaba para recoger del cesto de la labor una prenda:

– *Paece* mentira, y cómo *cambean* los tiempos. Ayer mucho te quería; pero hoy, si te he visto no me *alcuerdo*.

Soltaron una risotada las otras. Lola, como si le hiciese daño tal expansión de alegría, preguntó á quién iba dirigida la indirecta.

– ¡A ti, boba!, replicó una de las oficialas; ¡pues así que la cosa no tiene malicia! Y mirando en su derredor, como notase la ausencia de la maestra, prosiguió:

– ¡Chica, te tenemos que dar la gran noticia!...

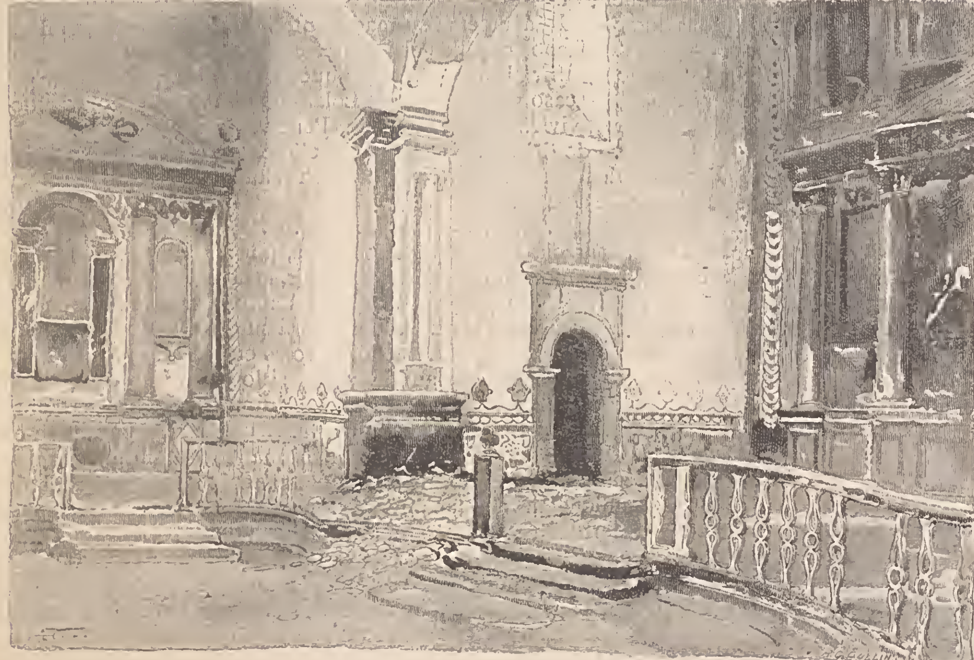


Misión de Santa Inés, condado de Santa Bárbara

– ¿Cuál?
– Una muy fresquita.
– ¿Buena?...
– Después de todo, no es mala: ello había de ser algún día; y cuanto antes mejor.
– ¿El qué, Amalia?, preguntó ansiosa Lola.
– No te hagas la *iznorante*, mujer: á estas horas acaso lo sepas tú mejor que nosotras.
– No sé nada. ¿Qué es?... ¡Habla!

Amalia miró al corro: las muchachas parecían estar pendientes de sus labios y por más que todas estuviesen en el secreto, gozaban por anticipado del efecto que aquél había de producir en Lola.

– Pues hija, comenzó la narradora, veníamos la aprendiza y yo camino del obrador, cuando al pasar por delante de San Cayetano vemos salir de la iglesia un diluvio de gente... ¡la mar, chica!... Las mujeres, todas con pañolones de Manila auténticos, los hombres con los trajes de *cirimonia*. ¿Qué será?, nos preguntamos ésta (y señaló á la aprendiza) y yo. Estábamos en estas dudas, cuando vemos salir á Pepa, la hija de ese tiazo de Paco, carnicero de la calle del Ave-María, que tiene más oro que pesa, tan *aligante*, vestida de novia, con mucho raso, brillantes, sortijas, pulseras... El acabóse, con ramo de azahar y todo... *Pus* hija, ya sabemos lo que es y adónde van á celebrar el jolgorio, porque uno de los convidados grita:



Interior de la Misión de San Luis, rey

«*¿Habís avisao* á los ómnibus *pa* que nos lleven al ventorro de la *Manca*, al puente de Toledo?...»

– ¿Y qué me importa á mí todo eso?, interrumpió Lola con marcadas muestras de impaciencia.
– ¡Hija, no seas tan *súpita!*... ¿A que no sabes quién era el novio?... Y poquito *estirao* que iba, hecho un caballero de levita y *bimba* y más alegre que unas pascuas.
– ¿Quién es? ¡Acaba de una vez!...
– Mujer, ¿quién había de ser?... Pepe, tu antiguo novio.
– ¡Mentira!, rugió más bien que exclamó Lola, sintiendo que la vista se le anublaba y que un temblor nervioso invadía todo su cuerpo.
– Como quieras, replicó filosóficamente la parlanchina cronista.

Transcurrieron varios minutos en silencio; de repente Lola preguntó con voz que en vano quería aparentar firme:

– ¿Y dices tú que iba contento?...
– Ya lo creo, mujer... Boda de más rumbo en mi vida he visto otra... Ya ves si tenía motivo el hombre para ir inflado y orgulloso como un pavo real.

A medida que la narradora hablaba, Lola sentía mayor angustia y á la cabeza un zumbido extraño.

Procuró serenarse, y afectando indiferencia prosiguió en su tarea: de vez en cuando un suspiro acusaba su verdadero estado de ánimo.



Como día de incienso, los andurriales del puente de Toledo encontrábanse poblados de una abigarrada y pintoresca muchedumbre, en su inmensa mayoría gente artesana, que en tales sitios se hace la ilusión de esparcir el ánimo, haciendo *huelga* en un campo yermo, merendando cara al sol y envuelto todo constantemente en las nubes de polvo que el trasiego de transeuntes y carruajes levanta en la carretera; ó bien las familias *prácticas*, entre las que hallaremos no pocas pertenecientes á la *clase media*, á pretexto de *estirar* las piernas van en busca de provisiones para el resto de la semana, cerca de los Carabancheles, por el contado, con el sano propósito de burlar el pago de consumos. Así el presupuesto económico-doméstico no resultará á fin de mes con *déficit*, porque dos del aceite, cuatro del tocino, uno de la carne, medio de esto y cinco de lo de más allá, suman un piquillo de ahorro más que suficiente para pagar al casero ó comprar unos zapatos al chico, y si es gente que ha venido á menos, sahumado resulta el ahorro y ya pueden reformarse los *sombreros* de las *niñas*, volver el gabán de ese (*ese* es el cabeza de familia), ó permitirse el lujo de celebrar tertulias los jueves, como personas que han honra del prójimo.

En días de fiesta, en aquella interminable fila de humanos que comienza en los soportales de la calle de Toledo y termina más allá del puente del mismo nombre, el observador halla ejemplares de todos los elementos que forman esa gran conjunta de clase *burguesa* ó proletaria; desde el casero, ser místico y roñoso que vive de las rentas que le produce una casucha enclavada en la calle de la Esperancilla, hasta el tosco albañil; formando escala el hortera que se las

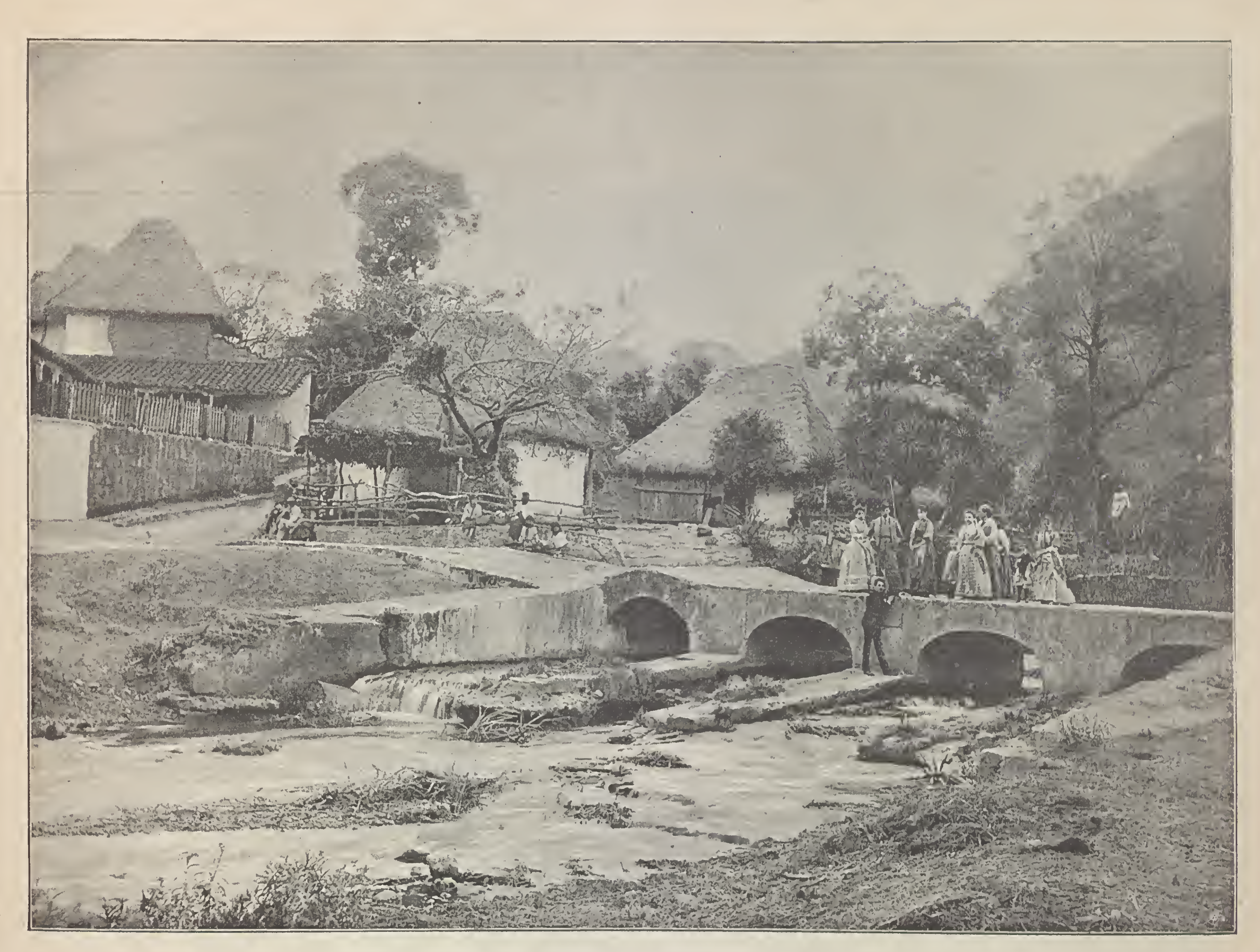


Misión de San Juan Capistrano



Interior de la Misión de San Luis, obispo

da de Narciso irresistible, el menestral, la maritornes zafia, la doncella de casa rica que parece un brazo de mar con sus lujos adquiridos sabe Dios á costa de qué; la pollita cursi, vestida más cursimente aún; la traviesa modistuela; el soldado viejo que hace del amor de fámula mina inagotable; el recluta todo miedos, el pelotón de criaditas, la fila de los hijos de Marte; todo se amalgama, y junto al sombrero de copa alta, lleno de injurias por el tiempo, el hongo flamante; rozando la falda de lanilla, el charrasco de algún coracero; unidos en amigable consorcio el *chaquet* y el pañolón alfombrado de ocho puntas, la blusa y el mantón de lana color ceniza; azotados por el aire igual los sombreros última novedad que los mantos ó pañuelos de seda: una procesión de tipos, finos aquellos, grotescos los de acá, burdos los de todos los lados: maridos cascarrabias que por una nonada arman tiberio; esposos complacientes con cara de risa; graciosos pesados sin pizca de ingenio; mujeres ligeras de cascos, que todo lo sacrifican con tal de reirse del vecino; señoras con rostro de vinagre; parejitas de novios melazas que van simpre hechos unos Manriques y Leonoras, ó bien novios de esos que en público fingen extremada seriedad y luego en privado servirían de modelos para un cuento de Bocaccio: diorama de lo más hermoso



SECCIÓN AMERICANA. – PUENTE DE CHIAUTLA, MÉXICO. (De una fotografía.)

y lo más feo que tiene el pueblo en sus típicas fisonomías: la chula riente, que rebosa gracia y derrocha sal, con cara de ángel, labios rojos como las cerezas y ojos que parecen constantemente bañados por el sol, y la vendedora de los barrios bajos todo carnaza, de rasgos fisonómicos que parecen hechos de prestado; la joven que se pasa el día teclea que teclearás al piano, enclenque, anémica, de nariz afilada y ojos mortecinos, hija de empleados, y aquella otra de pelafustanes, robusta, briosa, que es una leona para el trabajo; tipos que nos acercan á la teoría darwinista, seres que nos transportan al ideal.

Muchas, muchísimas veces vió Lola aquel bullicio, pero nunca sintió mayor tristeza; hacíanle daño las expansiones de alegría de los demás: iba la pobre mujer á enterrar su corazón; á que la realidad, sepulturero irónico, echase sobre sus ilusiones de otros tiempos la última paletada: quería ver por última vez á Pepe, recrearse en su felicidad y en la de la novia, saborear la desdicha que á ella pudiese corresponderle, hasta lo último; y aguijoneada por esta idea, anhelosa, iba á paso rápido. Al llegar al puente de Toledo la fatiga le ahogaba; pero no cejó en su propósito, siguió adelante, siempre adelante...

***

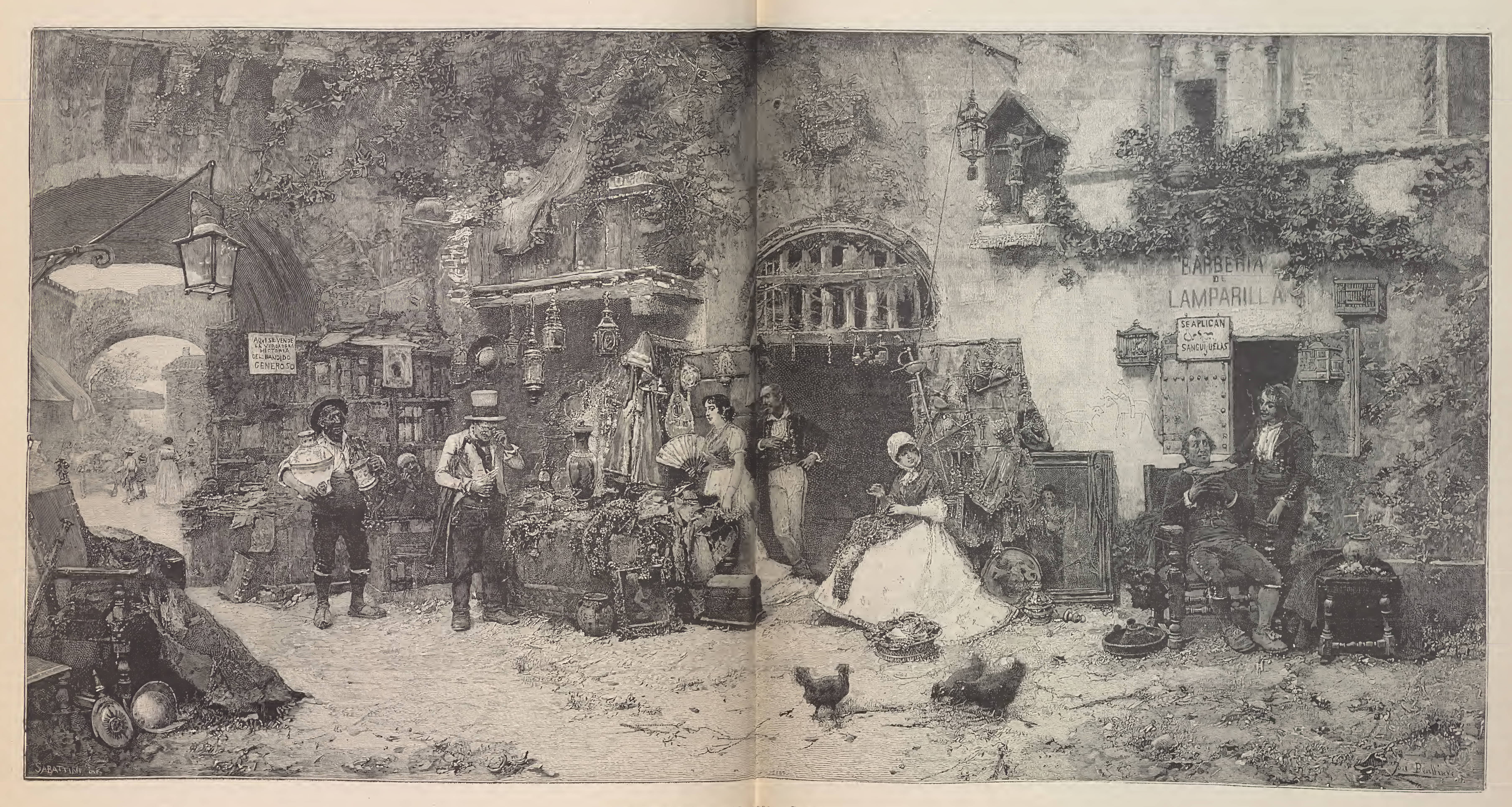
A lo lejos, dando la espalda Madrid con sus torres y cimborrios bañados por un sol intenso, cerca el Manzanares y sus riberas rebosantes de luz y animación, pobladas de tendederos de ropa que á la par algunos sirven de ventorros, donde los ciudadanos forman corro de baile, ó más positivos, tendidos en el santo suelo, cerca de la corriente del aprendiz de río, meriendan: esto es de suyo pintoresco, y si se auna la vista del monumental puente de Toledo, cuajado de personas que van y vienen, resulta un cuadro lleno de vida: los gritos, las canciones, el sonar de guitarras, el sonsonete de los organillos, el mortecino eco de las campanas de la villa, los pitidos estridentes de las locomotoras de la línea de circunvalación, el cascabeleo de las mulillas de ómnibus y tartanas, el silbar de los mayorales del tranvía, el estrépido que arman las ruedas de tanto carruaje sobre las guijas, el trasiego de la muchedumbre, forman un concertante populachero con mil y mil notas. Y para que nada falte, formando contraste tristísimo, allá en lo alto de los cerros, como atalayas de la realidad, los camposantos, la penosa subida de algún cortejo fúnebre y el doblar de la esquila del último asilo humano.

. . . .

Lola miró ansiosamente en su derredor. Encontrábase en el ventorro de la *Manca*: sobre los mugrientos bancos y delante de las no menos mugrientas mesas adosadas á la fachada del edificio, hombres y mujeres departían ruidosamente mientras merendaban ó bebían el pésimo mosto que con el pomposo nombre de *vino de Valdepeñas* allí se bautizaba: en una de aquellas mesas, en la parte menos visible, tomó asiento la joven y pidió á cambio del sitio un cuartillo de moscatel... Después, arrebujándose en el mantón, Lola miró á la explanada de terreno que á su vista se ofrecía.

No la habían engañado en el obrador: allí, á algunos metros de distancia, encontrábanse Pepe y un centenar de personas en su mayoría hombres y mujeres del pueblo: carniceros, empeñistas, tenderos, mondongueras del Avapiés, gente de suyo rica, que, cuando llega el caso, vuelca el baúl y saca de su fondo, aparte los centenes de oro, las prendas y arreos más lujosos y con ellos se atavía: los *caballeros* parecían, aunque de una manera grotesca, unos tales, embutidos en sendas levitas, con los sombreros de copa puestos de medio lado: los más cuerdos vestían zamarra ó chaqueta de las de lujo, sombrero ancho y faja de seda: como cosa de rúbrica, todos llevaban pendiente del chaleco enorme cadena de metal con dijes como puños y en la pechera pasadores de diamantes: las *señoras* envolvían sus bustos, algunos de ellos verdaderos fenómenos por lo grosazos, en pañolones de Manila negros, azules, encarnados, blancos, cuasi en su totalidad exposiciones de chinos, kioscos, embarcaciones y fauna del Celeste Imperio, bordado al realce y desprendiéndose aún el olorcillo á alcanfor y pimienta en que yacen sepultados; el peinado artístico, con altos y bajos, tufos y flequillos, al descubierto para mejor lucir la peineta antigua de concha ó metal, ó la moderna orquilla de fantasía, ó el grupo de claveles coquetonamente puesto por la peinadora; de las orejas cuelgan arracadas de brillantes que al ser heridas por el sol reflejan el iris deslumbrando la vista; al pecho ramos de rosas é imperdibles de oro que á la vez sirven de porta-retratos de algún ser querido; los dedos cubiertos de sortijas con piedras preciosas; las faldas de seda ó raso negro; los pies encarcelados en botitas de charol ó zapatos de *rusel* ó becerro mate, ringorrangos éstos que al espectador traehambres producen inconsciente envidia al considerar avariento los miles de reales que representa su adquisición.

La escena que Lola veía resultaba en extremo animada; la parte caduca de los convidados, tendida en el suelo, alrededor de los restos del festín nupcial, que parecía remedo de aquel otro famoso de las bodas de Camacho; la gente moza, de baileteo y bullanga al son de un piano de manubrio, de esos en cuyo registro junto á los aires populares se hallan los trozos selectos de ópera clásica; un enjambre de pobres que con sus harapos y repugnancias nunca faltan en tales jaleos para explotar la caridad de los que se divierten: he aquí los personajes. Lola pasó revista á todos: buscaba á Pepe, á la novia; quería ver sus rostros, estudiarlos, recrearse en su felicidad... y después... una ráfaga sangrienta, un no sé qué de rápida temulencia en el cerebro, los ojos anublándosele, un grito de rabioso dolor á tiempo contenido: esto experimentó la joven al ver á los novios que bailaban muy agarraditos, cuasi rozando los labios de Pepe la nacarina frente de su pareja; los rostros de los recién casados tenían impreso un sello de suma alegría; los ojos de la novia sobre todo brillaban borrachos de dicha, los de Pepe parecían recrearse en aquellos dos elocuentes heraldos de placer... «Quienes así se miran se aman,» pensó Lola, y ante esta



ENTRE PRENDEROS, CUADRO DE D. JOSÉ BENLLIURE

reflexión, ¡pobre niña!, sintió sus ojos arrasados en lágrimas; otra vez la ráfaga sangrienta nubló su vista y tuvo un momento en que, apoyando su mano en la mugrosa tabla de la mesa, intentó salir de aquel sitio, abalanzarse sobre el infiel y desbaratar para siempre su irritante felicidad; pero le faltaron fuerzas, volvió á sentarse, su rostro tornóse huraño, sombrío, amenazador... Y aunque sentía terribles punzadas en la víscera más sensible del organismo humano, el corazón, la vista siguió contemplando á la odiada rival... No era una belleza, no; pero resultaba interesante con su mantón blanco de Manila donosamente puesto, el artístico peinado sobre el que campeaba una dalia, al cuello la gargantilla de perlas y cruzando el pecho como banda de incólume honor el ramo de azahar... Aquel atavío, aquel ramo sobre todo despertó en el espíritu de Lola recuerdos del ayer, venturoso con sólo las promesas de Pepe. Ella debía ser su mujer; y sin embargo, ¡suerte irrisoria!, lo era otra... ¡Otra!... ¿Y por qué?... Porque era rica, tenía dinero, mucho, muchísimo, y ella sólo poseía un caudal inmenso de ternura... ¡Nada!...

***

No se daba cuenta del tiempo transcurrido; sólo sí echó de ver la joven que los de la boda se divertían cada vez más estrepitosamente, que los pañolones de Manila al balancearse al compás del paso que sus dueñas imprimían á un baile nada recomendable por lo honesto, ofrecían un efecto sorprendente: Lola escuchó palabras sueltas, verdaderas guindillas á costa de los novios, dos ó tres pendencias entre otras tantas parejas á quienes el alcohol había trastornado la cabeza... Llegó un momento en que la alegría desbordó en todos y la diversión tomó trazas de bacanal: corrían unos, gritaban otros, chillaban las mujeres; un Fulano iba al alcance de una Fulana ó viceversa; caíase éste, levantábase aquél; estotros canturriaban con toda la fuerza de sus pulmones coplas picantes, rayanas en lo obsceno; tal tocaba la guitarra, cual otro bailaba medio borracho; aquí carcajadas, allá estruendo, en todas partes una ruidosa animación en la que sobresalía de vez en cuando algún «¡olé!» ó «¡viva tu mare, chiquilla!» de un cualquiera que sentía rebullir en su sangre glóbulos de flamenquismo.

Invadieron aquellos campos las sombras del anochecer, y á este punto los de la boda tomaron por asalto los ómnibus allí apostados para regresar á los Madriles... Lola no pudo apreciar más que una gran masa humana que se agitaba en la imperial de aquéllos; oyéronse las voces y arres de los zagales y mayorales, los cánticos de los viajeros, una Babel que al ponerse en marcha aturdía y llenaba el espacio de ecos... Las nubes de polvo ocultaron los ómnibus. El bullicio fué debilitándose, debilitándose, hasta que se extinguió por completo... Entonces Lola pensó en regresar á su casa.

III

Era preferible la muerte á sufrir aquel cruelísimo dolor que la ahogaba. Lola abrió la ventana de la sala; una ráfaga de aire apagó la luz del quinqué; la luna, en cambio, envió un rayo de blanquecina claridad hasta el fondo de la habitación.

Lola, encaramada al montante del alféizar de la ventana, dirigió una última mirada á aquel espacio en que se recortaban las aristas de las torres de las iglesias, las filas de tejados, y allá en la lejanía, apenas esfumada la cordillera; miró hacia la calle, las luces oscilantes del alumbrado público le parecieron estrellas moribundas; sintió un vértigo, la gran altura en que se hallaba la atraía con irresistible tenacidad: como ecos llegaban hasta Lola, en el silencio de la noche, los pasos de los transeuntes, el rumor de los cánticos y el bullicio de las patrullas de gente alegre.

«¡Perdóname, Dios mío!», murmuró la infortunada, clavando su vista en las negruras del firmamento.

Aferró sus manos al alféizar, cerró los ojos. Iba á arrojarse en brazos de la muerte, cuando llegó hasta la joven el timbre de una voz fresca y varonil que allá abajo, en medio de la calle, acompañándose de una guitarra, cantaba con sentida entonación:

> Quise acabar con mi vida,
> porque el amor me fué infiel;
> mas me acordé de mi madre,
> tiré el arma y sollocé.

Aquello fué para Lola una revelación: abrió desmesuradamente los ojos, miró como espantada á su alrededor, desprendió las manos del alféizar y cayó de rodillas sobre el pavimento de la sala. La luz de la luna daba de lleno en su rostro pálido sobre el que resbalaban lágrimas de arrepentimiento.

Dios debió leer en aquellas lágrimas el pensamiento de Lola:

– Aún tengo un amor en el mundo que vale más que el de los hombres... ¡El de mi madre!...

ALEJANDRO LARRUBIERA

COMUNICACIÓN CON LOS PLANETAS

Esa maravillosa serie de descubrimientos que ha realizado el hombre en todas las ciencias, que tanto sorprenden y admiran, no tienen lugar desde hace algunos años en la astronomía. Y téngase en cuenta que no se debe á la inacción de los observatorios ni á la falta de interés é importancia de los trabajos que en ellos practican los astrónomos, bastando para convencerse de ello leer las revistas en donde se da cuenta periódica del resultado de la penosísima labor llevada á cabo en ambos hemisferios por esos verdaderos sacerdotes de la ciencia. Uno de los trabajos de más cuantía y de más fecundos resultados que están efectuándose actualmente, es el que tiene por objeto la confección de un mapa celeste con el poderoso auxiliar de la fotografía, que permitirá conocer la posición exacta de las estrellas, hasta las que figuran por su magnitud en décimocuarto lugar. El concurso de todos los observatorios para la realización de este trabajo colosal, muy en vías de ejecución, promete un éxito seguro. Los problemas no resueltos todavía, las distancias entre las estrellas, sus movimientos, las nebulosas, los pequeños planetas y nuevos cometas, y todo, en fin, cuanto se relaciona con la constitución de los sistemas siderales, podrá resolverse positivamente por medio del atento estudio de los clisés del nuevo mapa celeste.

Cierto es que estos trabajos no tendrán la resonancia que en el público determina la inesperada aparición de un cometa de larga cola; pero preciso es tener presente que la importancia de las observaciones astronómicas no se mide por el efecto que en el vulgo producen. Seguramente, si llega á concederse el premio de 100.000 francos que una distinguida dama acaba de legar á la Academia de Ciencias de Francia, será justa y legítima la emoción que el premio produzca. Establecer una comunicación voluntaria y directa entre la Tierra y un planeta, ó mejor dicho, entre los habitantes del globo terrestre y los habitantes de un planeta, sería empresa suficiente para despertar la curiosidad de todo el mundo; pero este empeño no produciría más resultados á la pobre humanidad que los de sumirse en un mar de conjeturas.

Dícese que la Academia hállase dispuesta á aceptar el legado, y que á semejanza del premio Breant, instituído para recompensar á los inventores de tratamientos para la curación del cólera, destinará una anualidad del legado de Mme. Guzmán para facilitar los descubrimientos relativos á la constitución de los cuerpos celestes. Ignoro si adelanto mi juicio al predecir que será preciso que transcurran algunos años para la concesión del premio, y consignaré algunas indicaciones justificativas de mi afirmación.

Para los que no ignoran los conocimientos actuales que poseen los astrónomos acerca del aspecto físico de los astros de nuestro sistema, es evidente que sólo dos de aquéllos se hallan en estado de no defraudar las esperanzas de los que creen en la posibilidad de las comunicaciones interplanetarias, esto es, la Luna y Marte.

La Luna, por su distancia, que no llega á 400.000 kilómetros, por la limpieza de su disco, por la facilidad con que se distinguen con el auxilio del telescopio los accidentes que ofrece su reducida dimensión, la ausencia de la menor nebulosidad que oculte sus manchas, hace que nuestro satélite reuna condiciones apropiadas para la transmisión de señales visibles que se hagan desde la Tierra. Preciso es creer que los habitantes de la Luna no se han preocupado de tales señales, pues de lo contrario hubieran percibido á los numerosos observadores de su disco y entre ellos á los laboriosos autores de los mapas lunares Beer y Mædler, Schmidt, etc. Pero ocúrresenos preguntar: ¿Existen habitantes en la Luna, en donde falta el aire y el agua? La negación á esta pregunta es generalmente admitida.

En estas condiciones, parece ocioso ocuparse en la Tierra de los medios de contestar á los habitantes de la Luna ó provocarles con señales, puesto que el segundo cuerpo celeste á que podría interrogarse, el planeta Marte, es infinitamente menos favorable para el establecimiento de una telegrafía interestral. Marte hállase á 14 millones de leguas de nosotros, equivalentes á 55 millones de kilómetros, ó sea ciento sesenta veces más distante que la Luna, alcanzando el diámetro de su disco 25″. Según Schiaparelli, los objetos más pequeños, visibles en la superficie en las circunstancias más favorables, ya se trate de una mancha luminosa sobre un fondo obscuro ó de una mancha obscura sobre un fondo luminoso, presentarán un diámetro igual á la quincuagésima parte del planeta, es decir, 137 kilómetros aproximadamente. Cierto es que este límite podría salvarse con el empleo de poderosos objetivos que permitan aumentar el tamaño; pero aun así, no es menos evidente que las señales luminosas visibles en la Tierra deberán alcanzar en Marte dimensiones enormes.

Los habitantes de Marte, más adelantados que nosotros en la ciencia astronómica, según supone uno de nuestros espirituales astrónomos, discurren para establecer con sus terrestres vecinos un cambio de comunicaciones telegráficas y se verán obligados á dar á sus señales diámetros que se midan por kilómetros en todos sentidos. ¿Piensan en ello? La Tierra perdida entre los rayos del sol, é invisible para Marte, no puede distinguirse más que cuando se halla precisamente en el solo movimiento de su paso sobre el radiante disco, y aun así, preséntase como una mancha negra y redonda.

Termino, pues no quiero desanimar á los candidatos al premio de los 100.000 francos tan generosamente ofrecido; pero á pesar de ello, afirmo que se halla lejana todavía la solución del problema de la comunicación interplanetaria.

AMADEO GUILLEMIN

(De *La Nature*)

NUESTROS GRABADOS

El sueño de un ángel, cuadro de Vianelli. – Pocas veces los pintores que han querido expresar por modo gráfico el amor de madre han buscado sus modelos en lo que se llama gran mundo, y más bien han acudido á las clases bajas, cual si de éstas fuese exclusivo patrimonio el amor de los amores. ¿Será que tratándose de este purísimo afecto han tendido á evitar que la ostentación fastuosa de los accesorios, necesarios en toda pintura, distrajese la impresión afectiva? ¿Será que la vida modesta, pobre, si se quiere, se aviene con los caracteres de abnegación y sacrificio que á tal sentimiento distinguen por encima de todos los otros, más que la existencia cuyo espacio en principal parte roban el lujo, las distracciones y los placeres? Sea de ello lo que fuere, merece aplausos el pintor Vianelli por haber quebrantado la tradicional costumbre, demostrando con el encantador grupo de su precioso cuadro que también entre rasos y encajes se oculta el más acendrado cariño maternal, y que cuando la nota sentida está tan bien expresada como en *El sueño de un ángel*, no son bastantes, con ser tantas en su lienzo, las bellezas de los elementos secundarios para disminuir en lo más mínimo la intensidad del efecto por aquélla producido.

Puente de Chiautla (México). – Este grabado, tomado de una fotografía que de México hemos recibido, dará á nuestros lectores una idea de lo que es la comarca de Chiautla, uno de los más pintorescos territorios mexicanos, quebrado como pocos, de vegetación exuberante, con grandes riquezas minerales y regado por una porción de ríos y arroyos de accidentada corriente que contribuyen á embellecer aquel hermoso rincón de la naturaleza americana.

Entre prenderos, cuadro de D. José Benlliure. – Es verdaderamente prodigiosa la diversidad de aptitudes que para los más distintos géneros de pintura posee el celebrado artista valenciano. Sin salirnos de los cuadros suyos que hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, puede verse comprobada la verdad de nuestro aserto con sólo recordar que del autor de *La visión del Coliseo* son *Una distribución de premios en el Asilo de Valencia*, *La cata del vino*, *El cepillo de las ánimas* y *El descanso en la marcha*.

Entre prenderos en nada desmerece de todos estos en punto á ejecución y á muchos aventaja por lo complicado de la composición, cuyas dificultades ha sabido el autor vencer como maestro consumado, salvando sobre todo la de la confusión, en que tan fácil era incurrir, dada la índole del asunto motivo del cuadro. En éste aparecen, destacándose con su sello especial, cada uno de los varios tipos que en la escena entran, y los objetos de carácter y procedencia más varios ofrécense á la vista del espectador en artístico pero no confuso desorden, formando un conjunto típico con una riqueza de detalles que suspende y admira. En presencia de este lienzo siéntese uno transportado al barrio bajo sevillano que en él se reproduce y en el cual tuvieron sus reales á mediados de este siglo, época en que está inspirada la obra de Benlliure, el barbero Lamparilla y el librero de viejo que como novedad de sensación anuncia en cartelón llamativo *la verdadera historia del bandido generoso*.

Víctor Duruy, autor de la «Historia de los Griegos.» – Los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA habrán saboreado sin duda las infinitas bellezas que contiene la *Historia de los Griegos*, que forma parte de nuestra *Biblioteca Universal*. Por su lectura habrán podido comprender el talento extraordinario y la indecible suma de estudios y conocimientos que posee el ilustre miembro del Instituto de Francia y ex ministro de Instrucción pública. La obra de Víctor Duruy cumple á maravilla el precepto de Horacio, *delectando pariterque monendo;* la historia tratada como él la trata, tanto es libro instructivo, con un caudal de erudición que asombra, como libro de amena literatura, escrito según un sistema que atrae y en un estilo que encanta.



Hallábame sentado junto á la ventana abierta de mi reducido gabinete; hacía mucho calor; á mis oídos llegaba de continuo un desagradable rumor de pianos, acompañado de gritos femeniles, que partiendo de las casas contiguas interrumpía el silencio de la noche; y como esto me molestaba, llené de nuevo mi pipa, salí de mi alojamiento, y aunque eran ya las once encaminéme á la playa.

La luna estaba muy alta; jamás había visto su órbita tan pequeña ni tampoco tan brillante; á su alrededor veíase un extenso círculo de argenteada neblina, y más allá de éste radiaban algunas estrellas de primera magnitud. Aquel cielo sereno, tachonado de brillantes, confundíase á lo lejos con la inmensa línea del mar; y la luz melancólica del astro de la noche reflejábase en las movibles olas del silencioso Océano, que coronadas de espuma iban á morir en la tranquila playa.

Faltaba un cuarto de hora para que se produjera el reflujo, y las arenas formaban una extensa plataforma firme, que se extendía delante y detrás de mí, blanqueada por los rayos de la luna. Las rocas se elevaban sombrías á mi izquierda, semejantes á una larga línea de bancales de hierro, destacándose bajo la celeste bóveda y cortada tan sólo por algún boquete ó barranco. Tal era el silencio de aquella dulce noche de verano, que hasta mí llegaban, aunque debilitados por la distancia, los dulces acordes de una banda de música que tocaba en la ciudad, y cuyos sonidos mezclábanse con el rumor de la resaca, semejante al que pudieran producir innumerables fuentes. No soplaba la más leve brisa, y la naturaleza parecía estar completamente entregada al reposo; mas por la parte del Sur parecíase ver flotar un buque, con su casco negro como la tinta y sus velas inmóviles.

Proseguí mi marcha pensativo, con la pipa en la boca, oyendo de continuo el monótono rumor de las aguas en la playa, y creo que recorrí poco más de una milla. En noche tan deliciosa no tenía prisa por acostarme, y pensé que me sobraría tiempo para regresar á casa después de haber vuelto la marea.

A poco llegué junto á una mole de roca negra, en forma de meseta, cuya superficie estaba casi al nivel del agua, de modo que durante la alta marea debía quedar sumergida é invisible. Un brillo particular, que al pronto me pareció un rayo de luz reflejada, hízome fijar la atención en aquel punto; mas al mirar de nuevo convencíme de que el extraño brillo no podía producirse por un rayo de la luna, pues la mancha luminosa no cubría toda la roca, y tampoco debía ser luz, pues yo veía un objeto blanco de las dimensiones del cuerpo de un hombre. Tanto me pareció esto último, que excitada mi curiosidad me acerqué para examinarlo; había arena seca en la roca, pero el agua se aproximaba mucho y había quedado alguna bajo el sitio donde estaba el objeto blanco. Cuando estuve á dos pasos de éste, reconocí que lo que yo había tomado por un rayo de luz era el cuerpo desnudo de un hombre ahogado. Permanecí inmóvil, observándole el tiempo suficiente para persuadirme de que efectivamente estaba muerto, y experimenté una impresión de tristeza ante aquel cadáver. El mismo silencio de la noche, el fulgor de las estrellas y la melancólica luz de la luna, todo contribuía á comunicar más horror á la cosa. En una noche obscura y tempestuosa, no creo que semejante espectáculo me hubiera producido tan doloroso efecto ni excitado tanto mis nervios como en aquella ocasión.

Miré á derecha é izquierda, pero no vi ni la sombra de un ser viviente en todo el extenso espacio ocupado por las arenas. Entonces, como fijase la vista en la roca, recordé que á corta distancia había un pequeño promontorio, junto al cual tenía su cabaña un guardacosta, y sabiendo que allí encontraría algún vigilante, dirigí mis pasos hacia el sitio, adonde no tardé en llegar. Allí estaba el hombre, que me miró fijamente á medida que me aproximaba.

– Buenas noches, guarda, le dije.

– Buenas las tenga usted, contestó, observándome cada vez con más atención á la luz de la luna.

– Apenas aliento, añadí, porque he andado muy de prisa y la cuesta es bastante empinada. Vengo á decirle que en la playa hay un cadáver.

– ¿Dónde?, preguntó con la prontitud propia del marinero, mientras que se adelantaba hasta el borde del promontorio.

– En aquella roca, contesté, señalándole el sitio.

– Ya lo veo, repuso. ¿Tendría usted inconveniente en acompañarme hasta allí? Mi compañero tardará un rato en volver, y debo enterarme ahora mismo del hecho.

Los dos nos encaminamos al sitio; el guarda, saltando á la roca, examinó detenidamente el cadáver, y después cogiólo por los brazos y lo arrastró suavemente hasta la arena.

– ¡Ah!, exclamó, harto temía yo esta desgracia; ese cadáver es sin duda el del hombre que salió en un bote ayer para bañarse. ¡Infeliz! Deja una viuda con dos hijos. Se ha ofrecido una recompensa de cien duros por su cuerpo, y de consiguiente usted los ha ganado.

– Serán para usted, repuse, pues yo no necesito dinero ganado de esta manera.

El cadáver era de un hombre de treinta años poco más ó menos; tenía cabello rubio y espeso bigote, y debía haber sido en vida lo que se llama un buen mozo.

– Pocos son los cadáveres que las olas arrojan á la playa tan enteros, dijo el guarda; casi todos suelen estar medio devorados, de modo que apenas se les puede reconocer.

– No sé por qué, repuse después de meditar un instante, me infunde tanto terror ese cadáver; es un cuerpo muerto que ya no puede hacer daño; pero aunque fuese una figura de marfil modelada por las espumas del mar, creo que si la mirase largo tiempo ó se me obligara á permanecer junto á ella toda la noche, se me trastornaría el juicio.

– Veo que aún tiene puestas sus sortijas, dijo el guarda inclinándose para ver bien la mano del difunto.

– ¿Y qué se ha de hacer ahora?, pregunté.

– ¿Qué camino tomará usted, caballero?, repuso el guarda.

– Yo voy á la ciudad y á mi casa, repliqué; por esta noche he andado bastante.

– Pues entonces voy á pedirle un favor, y es que dé cuenta del hecho al primer agente de policía que encuentre. Dígale que el cadáver está fuera del boquete de Dawton, y si quiere hacerme el favor por completo tenga la bondad de ayudarme á llevar el cadáver hasta el pie de la roca por si acaso la marea...

– No, interrumpí, usted lo trasladó antes sin ayuda desde el sitio donde estaba, y lo mismo podrá hacerlo ahora. Si yo tocase á ese infeliz... ¡Vamos, no quiero pensar más en ello!... ¡Buenas noches!

Y sin añadir palabra me alejé, dejando al vivo que se arreglara solo con el muerto, sin tener yo más excusa que el profundo terror que me infundió la vista del cadáver y tal vez algo de miedo. La presencia del guarda no contribuyó seguramente á disminuir tan desagradable impresión, y ahora pienso que aquel fatídico espectáculo, precisamente cuando menos preparado estaba mi ánimo para ello, pues me complacía en admirar los encantos de la naturaleza en medio del silencio de aquella deliciosa noche de verano, me afectó doblemente más por lo inopinado é imprevisto.

Aceleré el paso cuanto me fué posible, y á medida que avanzaba parecíame ver por todas partes cuerpos desnudos de hombres ahogados flotando hacia la playa. Apenas llegué á la ciudad, lo primero que vi fué un agente de policía, á quien comuniqué la noticia Después dirigíme á mi alojamiento, y me senté otra vez junto á la ventana para fumar un rato; en aquel momento daban las doce de la noche en los relojes de la ciudad.

Entregado á las más tristes reflexiones, quedé sumido en tan honda meditación, pensando siempre en el cadáver desnudo que había tenido la mala suerte de encontrar, que bien pude creer que aquel recuerdo no se borraría jamás de mi memoria. Sin embargo, al día siguiente volví á Londres, y al cabo de una semana dejé de pensar en la aventura, acabando por olvidarla del todo.

Durante un mes tuve muchas ocupaciones, pues mi empleo me obligaba á trabajar más de lo que yo hubiera querido, y con frecuencia hasta las altas horas de la noche. Pasado este tiempo y cumplidas mis obligaciones, resolví ir á descansar una semana en la misma ciudad marítima cerca de la cual había encontrado el cadáver en la roca.

No citaré el nombre de esta ciudad, porque no quiero provocar el enojo de los barqueros. «¡Oh!, exclamarían si yo dijese cuál es, cuando hubieran leído mi historia hasta el fin, ¡qué criatura es ese hombre! Ha hecho poner eso en los diarios por resentimiento, y ha inventado una fábula para alejar á los bañistas. Esa gente no nos quiere bien. Sin duda el autor trata de fletar un *yacht* de recreo para conducir pasajeros á peseta por cabeza, y no le importa privarnos del sustento.»

Sí, esto diríais hijos de la playa, y á fin de que no pueda perjudicaros en manera alguna la narración del hecho que consigno, callaré el nombre de vuestra ciudad para que el lector elija á su antojo el puerto ó costa del Reino Unido que más le cuadre. Debo advertir, sin embargo, que lo que voy á relatar no es puro cuento, sino un hecho verídico en absoluto y memorable.

Me hallé otra vez á orillas del mar en el mes de agosto, y por cierto el agosto más ardiente que en mi vida conocí. Después de sufrir el intolerable calor de

Londres y la fatiga que mis trabajos me ocasionaron, nada podía probarme tan bien ni ser tan benéfico por todos conceptos como los baños de mar; pero siempre me habían inspirado la mayor aversión esa especie de cobertizos ó barracas que se ponen á disposición del público. Primeramente, porque no hay bastante profundidad para nadar, ejercicio que constituye un verdadero goce



Grité al remero que se detuviese para que yo pudiera darle alcance

cuando los miembros están bien descansados y tienen toda su fuerza, y en segundo lugar porque me desagrada mucho bañarme en compañía. Por otra parte, siempre es molesta esa multitud que vigila ú observa á los bañistas desde la playa ó el muelle. En resumen: para un nadador experto como yo, solamente hay un método bueno cuando quiere bañarse en el mar: debe embarcarse en un bote, remar en el espacio de una milla ó dos, donde las aguas no están contaminadas por la inmediación del puerto, y presentando el más puro color verde ó azul intenso á causa de su misma profundidad.

En la mañana siguiente al día de mi llegada, á eso de las siete, cogí algunas toallas y me encaminé á un sitio del puerto donde tenía la seguridad de encontrar un barquero. A pesar de ser todavía muy temprano, el sol era tan ardiente como si se hallase en su meridiano y la atmósfera presentaba un brillante color azul. La brisa era tan ligera que apenas rizaba las aguas y no empañaba el cielo una sola nube, ni siquiera el más tenue vapor. En el puerto veíanse varias de esas embarcaciones llamadas esmoques, fáciles de reconocer por su lona rojiza, que se preparaban para hacerse al mar, y la suave brisa llevaba en sus alas hasta mí los saludables olores de la brea y de la madera.

Al acercarme á la parte del muelle en que se reune el mayor número de esquifes y botes, un hombre que estaba de espaldas á mí, sentado en un poste y mirando en dirección á las arenas, volvió la cabeza y, sospechando mi intención, sin duda por las toallas que llevaba en el brazo, púsose en pie vivamente y me gritó:

– ¿Quiere un bote el caballero? La mañana es magnífica para nadar, pues hay calma completa.

Aunque había visitado algunas veces la ciudad, nunca permanecí en ella más de tres días seguidos, y de consiguiente éranme desconocidos todos los barqueros.

– Sí, contesté al que me interpelaba; la mañana es buena y el mar no puede estar mejor para bañarse. ¿Qué especie de bote es el de usted?

– El mejor que hay en todo el puerto, caballero, contestó el hombre, y desde aquí mismo puede ver que no le engaño. ¡Es una alhaja!

Así diciendo, señalaba con evidente satisfacción un esquife pintado de azul, con los toletes levantados, como se observa en todos los botes de los barqueros del Támesis.

Contemplé un momento la embarcación, y pareciéndome conveniente contesté:

– Me agrada y servirá para mi objeto. Acérquela usted.

Hasta que estuve sentado en el banco de popa en el bote, no me fijé en la persona del barquero, que después de soltar los remos hacía bogar su pequeña embarcación con una celeridad que indicaba un vigor extraordinario en los brazos; pero al mirarle con detención, me chocó su aspecto extraño. Tenía la tez curtida y muy morena; cabello negro como el azabache, formando sortijillas aunque era muy basto, y ojos brillantes del mismo color; sombreaban su rostro unas espesas patillas, que parecían de cerda de caballo; la nariz era singularmente ancha y su curva muy deprimida. Llevaba en cada oreja un grueso anillo de oro, y en vez de sombrero una especie de gorra de piel. Por lo demás, su traje era el usado comúnmente por los barqueros ingleses: chaqueta azul, pantalón ancho de lienzo y botas debajo de éste. Noté que su mirada tenía algo de singular, y aunque fija en ocasiones, revelaba un carácter inquieto.

– ¿Es usted judío?, le pregunté.

– Nada de eso, contestó.

– No crea usted, repuse, que hago esta pregunta con ánimo de ofender. Los judíos son un pueblo inteligente á la vez que interesante; pero me extrañaría encontrar un barquero de esta nacionalidad.

– ¿Será usted lo que llaman apostólico-romano?

– ¿Qué quiere decir eso?, preguntó el hombre con ojos de asombro.

De repente me ocurrió que el tipo de aquel individuo tenía cierta semejanza por su color y el cabello con el del gitano, y preguntéle si lo era.

Al oir esto sus labios se entreabrieron por una sonrisa que me pareció algo forzada, y me contestó:

– A decir verdad, creo que, efectivamente, tengo algo de gitano en la sangre.

Con esto terminó nuestro primer diálogo. El barquero remaba silenciosamente, pero hubiérase dicho que mis preguntas habían excitado en él alguna curiosidad respecto á mí, pues observé que me miraba á hurtadillas, fijando sobre todo su atención en mi traje y más particularmente en las sortijas que adornaban mis dedos y en la cadena del reloj.

Al mirar á mi alrededor vi que nos habíamos alejado bastante del puerto, y entretúveme en contemplar el pintoresco golpe de vista que presentaban las rocas, las casitas diseminadas más allá y la brillante línea de arenas que se extendía ante mis ojos. Nuestro bote era el único que entonces se veía en la superficie del mar; pero cerca del muelle divisábanse las cabezas de muchos nadadores, que tan pronto aparecían como desaparecían. Los contornos de algunos buques interrumpían la línea del horizonte, y á lo lejos divisábase un gran vapor que se deslizaba majestuoso, dejando tras sí una espesa columna de humo blanquecino, y levantando montañas de espuma por la proa mientras la popa dibujaba en el agua una larga y brillante estela.

– ¿Qué hora puede ser?, preguntó de pronto el barquero.

Saqué el reloj, muy buen cronómetro de repetición por cierto, y satisfice su curiosidad.

El hombre me dió las gracias y quiso saber también si yo era buen nadador.

– Por tal me tienen, contesté.

– Pues cuanta más profundidad tenga el agua, caballero, replicó, tanto más agradable será para usted el baño. Me han dicho que pasando del sitio donde haya seis brazas, la frescura es mayor á medida que aumenta el número de aquéllas.

– No lo dudo, contesté. ¿Qué profundidades tenemos aquí?

– ¡Oh!, contestó el hombre con expresión desdeñosa, mirando á un lado y otro; aquí no hay ni siquiera doce pies de agua. Ahora estamos precisamente sobre un banco, y será necesario conducirle á usted á milla y media de aquí para encontrar la profundidad que conviene á un buen nadador.

– Muy bien, contesté; no tenemos prisa, y, por otra parte, usted ya conocerá lo suficiente estas aguas para saber dónde conviene detenernos. ¡Ah! Ahora me acude á la memoria que cuando estuve aquí hace un mes encontré el cadáver de un ahogado en las arenas.

– ¡Ah! ¿Fué usted quien halló el cuerpo?, preguntó el barquero mirándome de una manera particular. Ahora recuerdo que se ofrecieron cien duros á quien lo encontrara. ¡Ojalá hubiera sido yo! La recompensa era apetecible, y según tengo entendido se pagó religiosamente á un guardacosta.

– Es verdad, repuse, yo vi el cadáver en una roca y al punto me encaminé á la cabaña de aquel hombre para darle aviso. ¿Sabe usted quién era el ahogado?

– Los diarios lo dijeron, pero yo no recuerdo el nombre.

– ¿Cómo se ahogó?

– Pues por haberse aventurado en mayor profundidad de la que debía.

– Si la memoria no me es infiel el guardacosta me aseguró que el infeliz había ido en un bote.

– ¡Qué sabe él! Aquí no se ahogó nunca ningún hombre que se bañara fuera de un bote. ¿No leyó usted los detalles del caso en los diarios?

– No.

– Pues bien: se supuso que al infeliz le sobrecogió un calambre, y á fe que no pocos se ahogan en toda la costa por esta causa, lo cual no es nada conveniente para nosotros los barqueros, pues muy pronto se desacreditan los sitios donde ocurren tales accidentes. ¿Por qué ha de salir un hombre de cierta profundidad si no es buen nadador?



Aplicándome en el pecho la paleta de su remo izquierdo empujó vigorosamente con la intención de sumergirme

Siguióse una pausa, y el barquero continuó remando con mucho vigor, mientras que yo, recostado en el banco, aspiraba la frescura del aire salino, contemplando el majestuoso y brillante espectáculo que ofrecía el mar, en cuyas aguas reflejábanse los rayos del sol. A intervalos dirigía también mis miradas á la costa, que por sus diversos matices y caracteres, las rocas, las pendientes y pro-

montorios, presentaba á cada golpe de remo perfiles más delicados y un conjunto muy pintoresco.

Después de remar unos veinte minutos, el barquero de cara de gitano detuvo el bote, dirigiendo una mirada á su alrededor y fijándola después en el agua.

– Este es el mejor sitio, díjome de pronto.

Sin replicar palabra me desnudé en seguida, permanecí un momento de pie en el banco, y uniendo después las manos, precipitéme en las frescas y profundas aguas; un momento después, saliendo á la superficie, moví la cabeza á un lado y otro para despejar el agua de mis ojos, y observé que el barquero impulsaba su esquife con gran ligereza mar adentro. Tal vez debía hacerlo así, y también hubiera podido dirigirle hacia tierra; pero de todos modos, convenía que le mantuviese en movimiento en aquel caso, como una invitación para que yo le siguiera.

Durante un rato nadé con mucho placer sin salir de la estela del bote, pues la frescura del agua penetraba en todo mi ser, y mi pulso latía con nueva vitalidad. Siguiendo al bote, como he dicho, érame fácil ver más allá de la proa la cabeza del barquero; noté que me observaba, y también que de vez en cuando dirigía la vista á la parte de tierra en que se elevaba la ciudad. Tres ó cuatro veces volvió la cabeza para mirar atrás, como si temiese que le siguieran ó quisiera asegurarse de lo contrario.

Poco después quise cogerme á la regala del bote para descansar un poco, y grité al remero que se detuviera para que yo pudiese darle alcance; pero mi hombre no me obedeció; llaméle por segunda vez, y volviendo entonces la cabeza, continuó alejándose, sin responder tampoco á la tercera, como si yo no hubiese estado allí. La siniestra expresión de su rostro y su aparente resolución de no prestar oído hiciéronme concebir una terrible sospecha; mi sangre se enardeció, y sentí cierta debilidad, pues con la velocidad del pensamiento relacionaba el triste fin del hombre cuyo cadáver había encontrado con el infame barquero que tenía á la vista Entonces pensé que el infeliz pudo muy bien haber perecido ahogado por culpa de aquel bribón, que tal vez se proponía hacerme sufrir la misma suerte; sin duda dejó al otro nadar hasta que se agotaran sus fuerzas y se hundiera para siempre, á fin de apoderarse de sus efectos, de su reloj, cadena y dinero, é intentaba hacer lo mismo conmigo.



En aquel instante caí sobre él

Todas estas reflexiones cruzaron por mi mente con la rapidez del relámpago, y tan seguro ya de las criminales intenciones de aquel hombre como si él mismo las hubiese confesado, gritéle con el acento de la desesperación.

– Por amor de Dios no me deje usted ahogarme aquí; yo le daré todo cuanto quiera, todo lo que tengo, pero déjeme alcanzar el bote y descansar.

El barquero continuó remando sin mirarme siquiera; pero como yo estaba bastante próximo, pude observar fácilmente la diabólica expresión de su fisonomía al virar de bordo para dirigirse hacia tierra.

Al observar esto, me volví de espaldas para descansar un poco, y entonces una voz interior parecía decirme: «¿Qué debes hacer? ¿Consentirás en morir tan miserablemente? Descansa un poco ahora y después condúcete como un hombre, pues de aquí á la costa no hay más que dos millas. No te queda más medio para salvar la vida. Aquel infame quiere que te ahogues; te robará todos tus efectos, y al volver á tierra fingirá la mayor consternación, diciendo que cuando estabas en el agua te sobrecogió un calambre y te hundistes de pronto como una piedra.»

Mientras nadaba de espaldas, acosado por los más horribles pensamientos y poseído de cólera y desesperación, el barquero retrocedió para acercarse á mí, y aplicándome en el pecho la paleta de su remo izquierdo empujó vigorosamente con la intención de sumergirme; mas yo pude cogerle y le sujeté con la tenacidad del hombre que se ahoga. No le fué posible arrancarle de mi mano, y por desgracia suya, el remo derecho, deslizándose de entre sus dedos, cayó al agua también. El bote comenzó á balancearse peligrosamente y por un momento tuve intención de volverle quilla al sol, pues si conseguía que aquel bribón cayese al agua, tendría ventaja sobre él, aunque fuera tan buen nadador como yo, porque las botas y el traje entorpecerían sus movimientos. Además podría cogerme al bote, que por ser muy ligero y no llevar lastre no se sumergiría aunque se llenase de agua.

– ¡Suba usted, suba usted!

Y alargándome la extremidad del remo que había recobrado, arrastróme hasta el interior del bote, rechazándome después de su lado con tal fuerza, que fuí á caer en el travesaño, quedando algunos instantes sin sentido en el fondo de la embarcación. El barquero maniobró entonces para recoger en el agua el otro remo, y cuando lo hubo conseguido fué á ocupar otra vez su asiento y comenzó á remar en dirección paralela á la costa.

Yo temblaba como un azogado, pues la sacudida había sido terrible y mi salvación casi milagrosa; parecíame sentir ya sobre el corazón la fría mano de la muerte, y el peligro era inminente aún, pues hallábame solo ante aquel bandido, hombre vigoroso que habiendo atentado ya contra mi vida, se proponía sin duda realizar de otro modo sus criminales intentos, aunque solamente fuese para evitar mi acusación. Con débil mano pasé una toalla sobre mi cuerpo para enjugarme y después me vestí. Entretanto no se habló una palabra; el barquero fijaba en mí una mirada feroz, y su labio inferior se movía como si murmurase algunas palabras.

Nuestro bote seguía siendo el único que se veía en el agua; el vapor grande se había perdido ya de vista, y en el horizonte divisábanse las mismas velas de antes, apenas agitadas por la escasa brisa, que aflojaba á medida que el sol adquiría más fuerza.

– ¿Dónde va usted?, pregunté de pronto al barquero.

– A nadie le importa eso más que á mí, contestó bruscamente.

– ¿Adónde me conduce usted?, volví á preguntar.

– A la orilla, replicó, mirándome con expresión de cólera.

– Pero veo que no dirige usted el bote hacia la ciudad...

– Ya lo sé.

– Necesito que me deje usted en la orilla, en el mismo punto en que nos embarcamos.

– Podrá usted *necesitarlo*, contestó con marcada ironía; ya lo supongo.

Y dejando de remar un momento adelantó la cabeza haciendo un ademán como si tratara de caer sobre mí.

Yo me había repuesto un poco; la sensación de cansancio y debilidad se desvanecía, y además ya estaba vestido, lo cual no dejaba de tranquilizarme el ánimo.

Eramos hombre para hombre; pero bastábame mirarle para reconocer que me aventajaría por la fuerza y el vigor. A mis pies había un madero; mas el bribón no separaba de mí la vista, y antes de que pudiera cogerlo de fijo sospecharía mis intenciones. No me quedaba, pues, más recurso que permanecer quieto y esperar hasta que comprendiera sus intenciones, ó precipitarme sobre él á riesgo de ser arrojado al agua. Inútil sería, por otra parte, que yo tratara de trabucar el bote, pues ya estaba vestido, y esto entorpecería mis movimientos en el agua, y si después de una lucha conseguía hacerlo, tal vez mi enemigo tuviera la suerte de recobrarle y me impidiera volver á él, en cual caso no me sería posible permanecer largo tiempo á flote, porque estaba ya exhausto.

Durante un rato el barquero continuó remando con vigorosa energía en dirección paralela á la costa, y á menudo me dirigía una furiosa mirada, mientras que sus labios seguían moviéndose como si recitara algo.

Al fin no pude menos de dirigirle la palabra.

– ¿Dónde me conduce usted, pregunté, y por qué no quiere desembarcarme en el punto de partida? Ha intentado usted ahogarme, y su objeto no puede ser otro sino apoderarse de mis efectos, pues yo no le he injuriado ni hecho daño alguno. Lo que usted quiere, sin duda, es mi reloj, la cadena, el dinero que llevo en el bolsillo y la sortija; pues bien, yo le daré todo esto si me deja en el sitio donde nos embarcamos.

El barquero me miró con expresión de cólera, pero no contestó.

– ¿Teme usted, añadí, que le acuse del crimen que ha intentado? Si me desembarca sano y salvo, juro no decir una palabra de lo que ha ocurrido.

– Voy á dejarle en tierra, contestó.

– ¿Pero dónde?

– Pronto lo sabrá usted, repuso, echándose hacia atrás sobre los remos para comunicar nuevo impulso al bote.

«¡Ah!, pensé yo, si tuviera en el bolsillo un revólver, un cuchillo ó un arma cualquiera, tal vez se le haría bajar de tono al momento.»

La línea de costa se corría por la izquierda, y la ciudad más próxima en la dirección que el barquero tomaba se hallaría á varias millas del lugar donde estábamos. Las rocas, elevándose gradualmente á la altura de unos cien pies ó algo menos, presentaban muchas desigualdades y pequeñas grutas, pero eran de muy rápida pendiente y en algunos sitios del todo peladas y casi verticales. Recordaba que cuando se perdió de vista el puerto de donde salimos y quedó oculto el último grupo de casas por la inclinación de las rocas, el barquero miró hacia atrás, y después cambió ligeramente el rumbo del bote, dirigiéndole á una especie de caleta, formada por la proyección angular de un inmenso peñasco, de modo que en aquel punto de costa parecía que terminaba la tierra, pues no estábamos bastante mar adentro para verla.

Para mí era indudable que el barquero intentaba algo diabólico; mas no podía imaginar en qué forma. Me había dicho que iba á dejarme en tierra, y yo me pregunté si se propondría desembarcar para asesinarme después ó conducir su bote hasta cerca de una de aquellas grutas y darme muerte apenas saltásemos á la orilla. No, decididamente no podía ser este su plan. Si intentaba deshacerse de mí para robarme mi dinero y efectos, conveníale ante todo que pareciera que me había ahogado por un accidente, pues de lo contrario no podría explicar fácilmente mi desaparición. Y si se encontraba mi cadáver con alguna herida ó señales visibles de una violencia, ¿qué podría contestar cuando se le acusase de haberme asesinado?

Pero ¿qué intentaba hacer? Si me desembarcaba, yo podría volver á la ciu-

dad para dar cuenta de lo ocurrido, y esto no le convenía al barquero, á menos que se propusiese volver á su pueblo natal, aunque esto no le serviría de nada, pues fuera donde quisiese al fin le prenderían.

El barquero hizo avanzar rápidamente el bote hacia la costa, en dirección á una curvatura de la tierra, que se hubiera podido tomar por una bahía en miniatura; las aguas bañaban el pie de la costa, pero en la diminuta bahía á que el barquero se encaminaba podía ver, cuando el bote se elevaba un poco, el brillo de la arena. Nada se movía en las alturas, y cuando estuvimos á un cuarto de milla del citado punto noté que el paraje era muy solitario. El hombre continuó remando hasta que el bote llegó á las aguas de la bahía; las obscuras rocas se elevaban á considerable altura como una muralla gigantesca, y en cada extremidad de la curva de aquélla había un poco de resaca.

El barquero dejó entonces los remos y púsose en pie.

– ¡Déme usted el reloj y la cadena!, gritó.

Yo me había levantado también.

– ¡Venga el reloj y la cadena!, repitió con voz de trueno.

Al decir esto introdujo su nervuda mano en un bolsillo del pantalón, y sacando una enorme navaja abrióla al punto.

– ¡Nada de gritos, díjome en voz baja, pues de lo contrario le degüello!

Sin replicar palabra puse el reloj y la cadena sobre el banco, y el ladrón los guardó rápidamente.

– Veamos ahora el dinero que lleva, díjome bruscamente.

Saqué toda la moneda en cantidad de unos quince ó veinte duros, y el barquero se los embolsó también.

– ¡Ahora, la sortija!

La saqué del dedo y se la dí. Entonces miróme de pies á cabeza, empuñando siempre su cuchillo, y después fijó su mirada en la pequeña bahía un instante.

– Ahí es donde voy á desembarcarle, dijo al fin. Usted es buen nadador, ya puede saltar fuera.

– Si me desembarca usted aquí, repuse, seguramente me ahogaré, pues la marea sube por momentos y no me será posible trepar por esas rocas.

– ¡Salte usted, le digo!, levantando la mano con ademán amenazador.

– Sería preciso nadar mucho, repliqué, y yo no tengo ya fuerza. ¡Por amor de Dios, acérqueme usted un poco más y tal vez pueda entonces salvarme!

El hombre vaciló un momento, é inclinóse después para coger uno de los remos; mas en el mismo instante caí sobre él, impelido por la indecible angustia de mi ánimo y por lo que podría llamar el impulso de la desesperación. Me precipité contra él con la rapidez del lobo que alcanza su presa, y antes de que pudiera levantar los ojos le arrojé al agua. Después hice dar la vuelta al bote con un remo, y colocados los dos en sus toletes me alejé de la pequeña bahía con toda la celeridad posible.

Al volver la cabeza un momento después observé que el barquero nadaba vigorosamente hacia la curva de arena al pie de la roca, y entonces comprendí la suerte que aquel bandido me deparaba. Después de llegar á la arena quedaría aprisionado por las aguas, y como éstas subían rápidamente, la línea del mar se elevaría muy pronto á varios pies del nivel de aquélla. No había nada en qué cogerse ó apoyar el pie, y por lo tanto debía perecer ahogado irremisiblemente.

¿Y qué historia habría inventado aquel infame para explicar mi desaparición? Fácil era de imaginar: llegando tranquilamente al puerto hubiera amarrado su bote sin decir palabra acerca de mí, á menos de que alguno hubiese visto que me embarcaba por la mañana y preguntase dónde estaba yo. A esto contestaría que, accediendo á mis deseos, me había dejado en la costa dos ó tres millas más allá, por haberle dicho yo que prefería volver á casa paseando junto á las rocas. Esto era muy natural, y fácilmente le hubieran creído, porque esto sucedía con mucha frecuencia. Cuando se encontrase mi cadáver en la bahía, y tomados los informes necesarios, se averiguaría que yo era la persona á quien el barquero condujo y dejó en tierra, y la causa de mi muerte se atribuiría á cualquiera imprudencia de mi parte.

A todas estas reflexiones me entregaba yo, mientras me dirigía hacia el puerto, remando con toda la energía de la desesperación, pues aún estaba poseído de espanto, imaginándome que el criminal barquero podría perseguirme, detener el bote, introducirse en él y cortarme el cuello con la navaja que había visto brillar antes á mis ojos.

Llegado al puerto amarré el bote y salté á tierra. Había allí mucha gente y por doquiera resonaban los gritos de los barqueros, invitando á cuantos llegaban á ir á bañarse ó á emprender una excursión de recreo. Ninguno de aquellos hombres fijó su atención en mí, ignorando todos probablemente que yo me había embarcado en el bote del gitano y creyendo sin duda que regresaba de alguna solitaria excursión por el mar. Internándome por el muelle muy pronto encontré un agente de la policía del puerto, y acercándome á él, le dije:

– Necesito dar parte de que un bribón acaba de atentar contra mi vida.

El hombre me miró fijamente, é impresionóle al parecer mi agitación y aspecto.

– ¿Qué ha ocurrido?, preguntó.

– Un barquero, con quien salí esta mañana, ha intentado ahogarme.

– Tenga usted la bondad de seguirme, caballero, dijo el agente.

Y me condujo á una casa de ladrillo, contigua á una serie de almacenes, que tenía una reja muy grande; en ella vi un rótulo con letras doradas que decía:

Oficinas de policía del puerto

El agente abrió la puerta y entró, después de asegurarse que yo le seguía.

Sentado en una banqueta de tres pies vi allí un hombre de aspecto militar, alto, con espesas patillas de color rojizo; cubría su cabeza una gorra de oficial de marina, y llevaba levita cruzada sobre el pecho. Estaba leyendo un diario, y al entrar yo miróme detenidamente por encima de los anteojos.

– Este caballero, dijo el agente, viene á dar parte de que uno de los barqueros ha tratado de ahogarle en ocasión de estar bañándose en el mar.

Y volviéndose hacia mí, añadió:

– Se halla usted en presencia del señor inspector.

El digno funcionario suspendió su lectura, se quitó los anteojos y preguntóme qué había ocurrido.

Yo le referí la aventura con todos sus detalles y el inspector me escuchó atento, dirigiendo á veces una mirada al agente, que con la boca abierta no perdía palabra de mi relato.

– Hágame el favor de dar las señas de ese hombre, díjome el funcionario.

Hícelo así, con toda la minuciosidad posible.

– Ese es Bill el Gitano, dijo el agente.

– Sí, él es, añadió el inspector; y ese es también quien condujo á los que se ahogaron hace un mes.

– Sí, replicó el agente, y ahora recuerdo que en el bote de Bill el Gitano iban los que perecieron ahogados durante una excursión por el mar hará cosa de un año.

– Largo tiempo ha me infundió sospechas ese hombre, y es preciso proceder con energía.

Y dirigiéndose al agente, añadió:

– Freeman, llame usted á Jones y á Woodward; que se embarquen en el bote de la policía y vayan inmediatamente á prender á ese hombre. La marea no habrá llegado aún á toda su altura, y el tunante quedará cogido como zorra en una trampa.

Apenas hubo pronunciado el inspector estas palabras, parecióme que la sangre se me agolpaba en la cabeza y en los ojos, y perdí el conocimiento.

Cuando recobré mis facultades hallábame en cama en mi propio alojamiento. En mi bolsillo se habían encontrado todos los informes necesarios acerca de mi persona en cartas y tarjetas; y como se hubiese avisado á mi hermana por telégrafo, tuve el gusto de verla á la cabecera del lecho.

Cuando tuve ya bastante fuerza para hablar, se me dijo que el bote de la policía, después de haber penetrado en la pequeña ensenada, encontró al criminal barquero y le condujo á la ciudad, donde se le encerró en un calabozo.

No solamente se le acusaba de haber querido asesinarme, sino que sobre él pesaban otros delitos análogos, y en su bolsillo se encontraron las pruebas que confirmaban mi relato, pues aquel bandido, olvidando, al ver que le perseguían, que se había guardado mi reloj y mi cadena, con la sortija y el dinero, no tuvo la precaución de ocultar mis efectos ó arrojarlos cuando llegaba el bote de la policía.

Pero no se reducía todo á esto: dos personas habían perdido la vida en un año; el cuerpo de una fué encontrado, pues era el mismo que yo descubrí durante mi solitario paseo nocturno por las arenas, y sabíase que los dos hombres perecieron mientras se bañaban mar adentro. También se supo que ambas desgracias habían ocurrido con el bote de Bill el Gitano, y al practicar un registro en la casa de éste encontróse un lapicero de considerable valor, unos lentes y una cadena de oro. Los dos primeros efectos fueron reclamados como pertenecientes al hombre que murió ahogado el año anterior, y la viuda del caballero cuyo cadáver yo encontré pudo probar que la cadena de oro era la del reloj de su esposo.

El barquero fué condenado á cadena perpetua, pero merecía la horca, pues por lo menos era culpable de dos asesinatos. Sin embargo, las circunstancias que habían concurrido en los hechos no parecían suficientes para la aplicación de la pena de muerte, porque no pudo probarse con toda certeza que aquel malvado, después de haber precipitado en el agua á sus víctimas, siguiera remando tranquilamente y dejara que aquellos infelices se hundieran en el abismo una vez sus fuerzas agotadas. Tampoco pudo probarse plenamente que los dos ahogados no se sintieron atacados de un calambre que los sumergió de repente en el mar. Pero de cuantos oyeron referir la historia ninguno abrigó la menor duda de que el demonio del barquero gitano les dejó morir y aun, como estuvo á punto de ocurrirme á mí, precipitó su fin golpeándoles con su remo

TRADUCIDO POR E. L. VERNEUILL



El inspertor me escuchó atento dirigiendo á veces una mirada al agente

CIFRAS DECORATIVAS PARA ARTES E INDUSTRIAS
POR
J. MASRIERA Y MANOVENS — MONTANER Y SIMÓN, EDITORES
Véndese formando un precioso álbum, encuadernado en tela, al precio de 15 ptas. ejemplar

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
Pone y conserva el cútis limpio y terso
Franco: 5 fr. en Paris
CANDÈS et C.ie 18, B.d St-Denis, 18

PAPEL — CIGARROS
ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE B.n BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL D.R DELABARRE

GRANO DE LINO TARIN en todas las FARMACIAS
ESTREÑIMIENTOS, CÓLICOS. — La caja: 1 fr. 30.

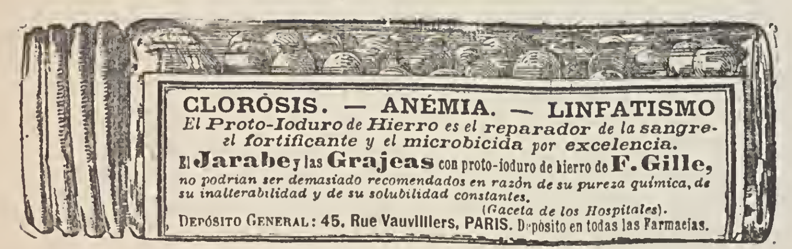
Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el **Jarabe Laroze** se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes,** para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE
al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.n-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD CON QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este **fortificante por escelencia.** De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la *Anemia* y el *Apocamiento*, en las *Calenturas y Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones* del *Estomago* y los *intestinos*.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino** de **Quina** de **Aroud**.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD



36, Rue Vivienne SIROP du Doct.r FORGET RHUMES, TOUX, INSOMNIES, Crises Nerveuses


CLORÓSIS. — ANÉMIA. — LINFATISMO
El Proto-Ioduro de Hierro es el reparador de la sangre el fortificante y el microbicida por excelencia.
El **Jarabe** y las **Grajeas** con proto-ioduro de hierro de **F. Gille,**
no podrian ser demasiado recomendados en razón de su pureza química, de su inalterabilidad y de su solubilidad constantes.
(*Gaceta de los Hospitales*).
DEPÓSITO GENERAL: 45, Rue Vauvilliers, PARIS. Depósito en todas las Farmacias.


VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.r FRANCK


Querido enfermo.—Fiese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegria.—Asi vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

Enfermedades del Pecho
Jarabe Pectoral
DE
P. LAMOUROUX
Antes, Farmacéutico
45, Calle Vauvilliers, Paris.
El Jarabe de Pierre Lamouroux es el Pectoral por excelencia *como edulcorante de las tisanas, á las cuales comunica su gusto agradable y sus propiedades calmantes.*
(Gaceta de los Hospitales)
Depósito General: 45, Calle Vauvilliers, 45, PARIS
Se vende en todas las buenas farmacias.

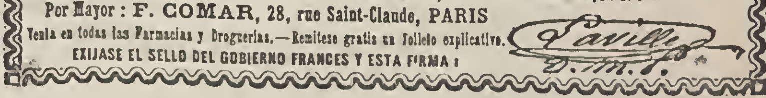
GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los **Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion** que produce el **Tabaco,** y specialmente á los Sñrs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emicion de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PERFUMERIA-ORIZA
Perfumes liquidos ó solidificados
DE L. LEGRAND
11, Place de la Madeleine, 11
Paris



Al por mayor en Casa de
JAIME FORTEZA
34, Escudillers, Barcelona

GOTA Y REUMATISMOS
Curacion por el **LICOR** y las **PILDORAS** del **D.r Laville:**
El **LICOR** se emplea en el estado agudo; las **PILDORAS,** en el estado crónico.
Por Mayor: F. COMAR, 28, rue Saint-Claude, PARIS
Venta en todas las Farmacias y Droguerías.—Remítese gratis un Folleto explicativo.
EXIJASE EL SELLO DEL GOBIERNO FRANCES Y ESTA FIRMA:



PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curacion de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,** de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos,** etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL D.R DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Curación segura
DE
la *COREA*, del *HISTERICO*
de las CONVULSIONES, del NERVOSISMO,
de la Agitacion nerviosa de las Mugeres
en el momento
de la Menstruacion y de
LA EPILEPSIA
CON LAS
GRAJEAS GELINEAU
En todas las Farmacias
J. MOUSNIER y C.ie, en Sceaux, cerca de Paris

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

Tragedias, *por D. Víctor Balaguer.* – Bajo este título se han publicado y puesto á la venta los tomos XXVIII y XXIX de las obras de D. Víctor Balaguer. En ellos figuran las tragedias del inspirado vate catalán, *La muerte de Aníbal, Coriolano, La sombra de Cesar, La fiesta de Tíbulo, La muerte de Nerón, Safo, La tragedia de Llivia, La última hora de Colón, El guante del degollado, Los esponsales de la muerta,* y su última producción *Los Pirineos,* trilogía en la que parece revivir el antiguo trovador cantando las desgracias de la patria, y cobrar el poeta mayores alientos para verter torrentes de inspiración.

La nueva obra puede calificarse como una de las mejores joyas que ha producido. Inspirada en una página interesante de nuestra historia, cual es la luctuosa lucha que comienza en los campos de Munt y termina en Foix, ha podido el poeta verter los encantos de su fantasía, exponer sus hermosas concepciones, retratando con grandeza y valentía el terrorífico cuadro de la desaparición de la patria provenzal, del pueblo latino, que significaba libertad y progreso, ante las bárbaras huestes de Monfort, de los ejércitos franceses, sostenidos por sectarios tan intransigentes como crueles. Los personajes están presentados con magistral acierto; el lenguaje es sonoro, grandilocuente é irreprochable.

Los Pirineos es un nuevo timbre de gloria á los ya innumerables alcanzados por este ilustre hombre público y eximio poeta, á quien la nieve de los años, en vez de amortiguar el fuego de su inteligencia, parece prestarle mayor aliento, más inspiración y extraordinaria facilidad para la producción.

***

Por nuestra música, *por D. Felipe Pedrell.* – Tal es el libro que, á la vez que el anterior, ha publicado el eruditísimo maestro é inspirado compositor D. Felipe Pedrell, que si bien el autor afirma modestamente que sólo contiene algunas observaciones sobre la magna cuestión de una escuela lírico-nacional, motivada por la trilogía *Los Pirineos,* poema de D. Víctor Balaguer, es un profundo estudio, erudito y concienzudo, acerca de tan debatido asunto.

La obra del Sr. Pedrell es una nueva prueba de su valía y patriotismo, puesto que en este país, en que, por desgracia, tan poco interés inspiran cierta clase de estudios y levantados empeños, no han sido recompensados hasta ahora sus esfuerzos cual debieran por sus compañeros de profesión, á quienes, en su inmensa mayoría, el concepto de la música se halla sólo circunscrito á las gráficas representaciones del pentagrama y á los instrumentos.

Prosiga como hasta aquí el ilustre maestro su glorioso camino, pues no dudamos que á la postre habrán de verse recompensados sus afanes, reconocido su mérito y ensalzada su magna y patriótica empresa.

***

Varios. – Con motivo de las fiestas celebradas recientemente en Gijón para la inauguración de la estatua del ilustre don Gaspar Melchor de Jovellanos, la Comisión organizadora de las mismas ha publicado, costeadas por un gijonés entusiasta admirador de aquel insigne patricio, varias obras de éste y multitud de composiciones que durante aquéllas se distribuyeron con profusión. Figuran entre las primeras la tragedia *Pelayo* y la comedia *El delincuente honrado,* y entre las segundas poesías y trabajos en prosa en dialecto asturiano, en castellano, en catalán, en vascuence y en alemán, de Acevedo, Cuesta, Rubió y Ors, Franqueza y Gomis, Cabeza de León, Fastenrath, Brañas, Asquerino, Flórez de Prado, Echegaray, Jove y Hevia, Ramos Carrión, Ubach y Vinyeta, Ruiz Aguilera, Barcia, Guijarro, Vital Aza, etc., etc.

***

G. Núñez de Arce, estudio biográfico-crítico, *por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.* – La colección de biografías de *Personajes ilustres* que recientemente publicó la del P. Coloma, por la Sra. Pardo Bazán, acaba de enriquecerse con la de Núñez de Arce, magistralmente escrita por el señor Menéndez y Pelayo.

Forma un bonito libro, con el retrato y autógrafo del biografiado, y se vende á 4 reales en las principales librerías.



VÍCTOR DURUY, miembro del Instituto de Francia, ex ministro de Instrucción pública, autor de la «Historia de los Griegos» publicada en nuestra «Biblioteca Universal»

Imp. de Montaner y Simón